

PIO XII Y LA EDUCACION

Toda actividad humana se halla condicionada por las circunstancias ambientales en las que ha de desenvolverse. Esta ley general tiene su máxima aplicación en el caso de aquellos que han debido desempeñar una labor en la vida pública, pendiente sin cesar de los vaivenes políticos y sociales. De aquí que no podamos penetrar profundamente el verdadero sentido de la actividad de un Sumo Pontífice—en nuestro caso concreto, la actividad de Pío XII—si prescindimos totalmente de los acontecimientos acaecidos durante los años que ocupó la Sede Romana. Esto, que es cierto incluso aplicado a todo el ámbito de la acción pastoral pontificia, adquiere particular relieve cuando el objeto de esta acción pastoral es una realidad de carácter eminentemente social. Este es precisamente el caso de la educación.

Al pretender ofrecer una síntesis del pensamiento de Pío XII sobre la educación, no podemos prescindir, es más, debemos tener constantemente ante nuestros ojos la realidad histórica y social que rodeó sus diecinueve años de pontificado. De no hacerlo así corremos el peligro de resbalar inconscientemente sobre sus documentos, sin hallar quizá esa esperada impronta personal, tan característica del Papa recientemente desaparecido.

¿Qué condiciones determinaron que la actividad doctrinal de Pío XII sobre la educación se desarrollase preferentemente en varios sentidos concretos?

Al ocupar el Papa Pacelli la Sede de Pedro, en 1939, hacía ya diez años—31 de Diciembre de 1929—que Pío XI promulgara la carta magna de la educación cristiana de la juventud: la Encíclica *Divini illius Magistri*. En ella se contiene una excelente exposición de los grandes principios de formación del joven seglar, de las obligaciones de educadores y educandos, de los derechos de enseñanza por parte de la familia, la Iglesia y el Estado. Este reciente documento eximió a

Pío XII de la necesidad de volver a plantear de un modo general el problema de la educación. Su labor en este campo no debía ser iniciar, sino continuar, ampliar y concretizar a las distintas situaciones los principios ya establecidos por su antecesor.

Es éste un dato primordial que deseáramos quedase bien presente a lo largo de todo el estudio acerca del pensamiento de Pío XII sobre la educación cristiana. A este respecto, nada mejor que transcribir las mismas palabras con que este pontífice mantiene su adhesión al documento de su predecesor: «Los principios inquebrantables que enuncia (la Encíclica *Divini illius Magistri*) sobre la respectiva misión de la Iglesia, de la familia y del Estado en materia de educación, descansan sobre la misma naturaleza y sobre la verdad revelada; principios que no pueden ser quebrantados por el flujo y reflujo de los acontecimientos. Por lo que se refiere a las normas fundamentales que aquel documento prescribe, no pueden sufrir merma por el transcurso del tiempo, pues no son sino eco fiel del Divino Maestro, cuyas palabras no pasarán jamás. Verdadera carta de la educación cristiana, fuera de la cual no puede haber educación completa y perfecta, esta Encíclica se ofrece, hoy como ayer, al estudio de todos los que lealmente desean conocer sobre esta materia, en su auténtica y serena expresión, el pensamiento de la Iglesia, a la que corresponde de un modo supraeminente la misión educadora» (1).

La Encíclica *Divini illius Magistri* fué para Pío XII base, cimiento y punto de apoyo. Le proporcionó un manantial de doctrina segura que no era ya necesario buscar sino tan sólo recordar. Pero los principios únicamente desarrollan su vitalidad cuando se realizan y se concretizan en la práctica, conforme las circunstancias lo aconsejan. Ciertamente las circunstancias desempeñaron una función primordial con respecto al sentido en que Pío XII concretizó los grandes principios de su antecesor en el Pontificado.

De 1939 a 1945 la guerra asoló los pueblos de Europa, planteando con agudeza suprema el problema de la juventud abandonada. Italia no constituyó una excepción. Ante los mismos ojos del Papa se presentó el espectáculo de una niñez y una adolescencia carentes de maestros, reducidas a la miseria, víctimas de una maduración psicológica precipitada y desigual como efecto de los sufrimientos pasados. Es-

(1) *Mensaje al Congreso Nacional de Educación Católica Belga*, con motivo del XXV aniversario de la Encíclica *Divini illius Magistri*, 24 de agosto de 1955; «Ecclesia» n.º 740 (17 de septiembre de 1955), p. 317.

cuelas destruidas, Universidades clausuradas, un cuerpo docente carente de medios de vida. Esta fué la realidad del panorama durante los primeros años de postguerra. Una realidad que en algunos aspectos no ha dejado de extender sus ramificaciones hasta nuestros días.

Este ambiente, estas necesidades, nos dan razón, en parte, de por qué en la enseñanza de Pío XII sobre la educación cristiana no encontramos documentos extensos, sino breves exhortaciones, discursos o radiomensajes, dirigidos a distintas agrupaciones particulares. Su finalidad, más que definir y teorizar, es curar, remediar el mal concreto de cada una de las instituciones docentes, de cada uno de los estadios de la enseñanza, estableciendo por doquier los fundamentos de un orden nuevo, de un mundo plenamente cristiano.

Encuadrados en este ambiente adquieren su verdadero sentido los caracteres generales de la doctrina de Pío XII sobre la educación.

El primero y fundamental lo constituye el plano sobrenatural sobre el que el Pontífice establece la educación cristiana. Prescindiendo del auditorio que le escucha o de la agrupación docente a quien dirige su mensaje, escrito o radiado, Pío XII reserva sus primeras palabras para referirse a la vida cristiana, a la gracia, a la participación de la misión de Cristo en el educador.

Un segundo matiz predominante es la atención especial que dedica a la educación en los primeros años, la insistencia continuada en la formación del niño. En él cifra Pío XII todas sus esperanzas sobre un mañana nuevo.

La preocupación por avivar la responsabilidad educadora de los padres es otra de las líneas fundamentales de la enseñanza de Pío XII. No es sino una inmediata consecuencia de su desvelo por la formación del niño. Si Pío XI hubo de defender los derechos eclesiásticos y familiar a la educación ante los excesos del Estado totalitario, su sucesor hubo de insistir de un modo especial en la obligación de los padres a este respecto. La Iglesia y el Estado, empobrecidos por la guerra, no pueden atender plenamente al total de la población en edad de aprender. Enseñanza y familia constituirá un tema de los tratados por Pío XII con mayor frecuencia y cariño.

Pero no solamente los padres; el educador en general es objeto de la atención del Papa. Ya no se trata, como en 1929, tanto de aclarar los respectivos derechos de cada uno de los tres sujetos fundamentales de la enseñanza cuanto de recordarles sus obligaciones frente a la ingente labor que se presenta. En muy pocas ocasiones se dirigirá

Pío XII con preferencia a los educandos. Sus alocuciones van dirigidas de un modo especial al maestro: su responsabilidad, la necesidad de una completa formación en orden a la enseñanza, las directrices fundamentales a las que deben ceñir su conducta pública e incluso privada.

Conviene indicar, por último, que para Pío XII se impone la necesidad de integrar los diversos aspectos de la formación humana. El hombre es una unidad que debe crecer armónicamente, conforme a un desarrollo proporcional. Deseaba que todos los conocimientos, aislados en los libros de texto, se unificasen en el individuo vivo, pleno y total. Dominando esta ordenación e interdependencia es preciso situar la orientación superior hacia Dios, infundida por la gracia. Esperaba Pío XII que este humanismo hondamente sobrenaturalizado produciría el nuevo joven, aquel que preservaría al mundo de una nueva catástrofe.

Hasta aquí las directrices que consideramos predominantes dentro del pensamiento de Pío XII en torno a la educación. Hemos procurado, como dijimos, centrarlas en su momento histórico. Ellas constituyen el prenotando y la guía fundamental para adentrarnos en el interior de este mismo pensamiento.

Ya se indicó por qué Pío XII no nos ha legado una exposición sistemática de los distintos elementos de la educación cristiana tal como él la concebía. Su mensaje está derramado en multitud de alocuciones y documentos. No es posible, por tanto, establecer «a priori», sin estudiar todo este material, una ordenación lógica del pensamiento de este Pontífice sobre este punto concreto. Por otra parte, adoptar el esquema que nos ofrece Pío XI en la Encíclica *Divini illius Magistri* no parecería acertado, ya que Pío XII no trató explícitamente muchos de los aspectos generales expuestos por su antecesor y, al mismo tiempo, prestó una mayor atención a otros problemas más concretos, que no tienen cabido en la distribución de la citada Encíclica.

Sin embargo, no cabe la menor duda que entre el gran número de documentos sobre la educación redactados por Pío XII con ocasión de acontecimientos determinados y particulares se encierra una doctrina riquísima acerca de los principios fundamentales de la enseñanza y formación de la juventud. Es muy difícil hallar una carta, discurso o radiomensaje en el que, antes de ceñirse al problema particular de sus interlocutores, no nos ofrezca Pío XII algunas ideas claras y profundas sobre los elementos primordiales de la educación. En la pri-

mera parte de este artículo hemos procurado ofrecer, según una elemental sistematización, todo este material disperso. En un segundo apartado ofrecemos estos mismos principios fundamentales concretados en los diferentes estadios de la educación: escuela elemental, segunda enseñanza, educación popular y universidad.

Por último, no se puede excluir del ámbito de la educación la formación del clero. Se trata de uno de los temas favoritos de Pío XII. En torno a él existe abundante documentación y no ciertamente dispersa, sino agrupada con frecuencia en documentos solemnes que nos ofrecen un pensamiento ampliamente estructurado. La tercera parte de nuestro trabajo la dedicaremos precisamente a presentar en síntesis la doctrina de Pío XII sobre la formación de sacerdotes y religiosos.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA EDUCACION

a) *Ideal de la educación cristiana.*—El pensamiento de Pío XII sobre la educación del cristiano está concebido «desde arriba», desde Dios. Educar es colaborar con la gracia divina que se difunde torrencialmente sobre las almas. Desea Pío XII infundir en la conciencia del educador el profundo convencimiento de que es un instrumento vivo incorporado a la economía divina de la salvación y santificación, la convicción de que su quehacer sólo encuentra pleno sentido en cuanto se suma al quehacer cotidiano del Maestro en el interior del alma.

Se trata de una concepción sobrenatural y grandiosa, que el Papa nunca se cansará de recordar continuamente en sus discursos. El, que en general no creyó necesario insistir explícitamente en muchos de los puntos doctrinales establecidos por Pío XI, no olvida las inmortales palabras de su Encíclica: «Fin propio e inmediato de la educación cristiana es cooperar con la gracia divina a formar el verdadero y perfecto cristiano, es decir, al mismo Cristo, en los regenerados por el bautismo, según la viva expresión del Apóstol: Hijitos míos, por quienes segunda vez padezco dolores de parto hasta formar a Cristo en vosotros (Gal. 4, 19). Ya que el verdadero cristiano debe vivir la vida sobrenatural en Cristo» (2).

Es preciso comenzar de nuevo, es preciso reedificar desde sus cimientos la juventud que la guerra destrozara y el ideal no puede ser

(2) *A las religiosas Maestras Pías y alumnas de sus Colegios*, 5 de mayo de 1952; «Ecclesia» n.º 566 (17 de mayo de 1952), p. 538.

sino el mismo de siempre : «formar definitivamente en los adolescentes la imagen del Creador» (3). Según la enseñanza de Pío XII, el educador cristiano, más que perseguir directamente una formación natural, sobre la cual se proceda más tarde, cuando sea ocasión, a edificar el hombre sobrenatural, debe tender directamente a la creación de este hombre cristiano, íntegro, perfecto, del cual brota como lógica consecuencia el «hombre honesto» en sus relaciones individuales y sociales. «Educadores de hoy—dirá, dirigiéndose a los maestros de Italia—, que traéis del pasado normas seguras, ¿qué ideal de hombres habréis de preparar para el porvenir? Lo encontraréis fundamentalmente delineado en el perfecto cristiano. Y al decir perfecto cristiano, intentamos aludir al cristiano del día, hombre de su tiempo, conocedor y cultivador de todos los progresos alcanzados por la ciencia y por la técnica, ciudadano no extraño a la vida que se desenvuelve hoy en su tierra» (4). Es verdaderamente subyugadora esta imagen del hombre de Cristo. Firmemente asentados los pies en la tierra, en su tierra, de la que ha brotado y en la que le toca vivir, en su sociedad, la sociedad que debe salvar ; firmemente puestos sus ojos en lo alto, buscando de arriba la luz que oriente su quehacer de cada día, que dé sentido y plenitud a su tarea. En esta imagen cifra Pío XII su ideal de restauración. Está profundamente convencido de que «el mundo no tendrá que arrepentirse si un número, siempre creciente, de tales cristianos interviene en todos los órdenes de la vida pública y privada. Toca a vosotros, en gran parte, maestros, predisponer esta benéfica intervención, dirigiendo los espíritus de vuestros discípulos a descubrir las inextinguibles energías del cristianismo en la empresa de mejorar y renovar los pueblos» (5). La educación cristiana pasa, de este modo, al ámbito de lo universal. Es el mundo entero quien se beneficiará al paso del nuevo «sacerdocio real», a la llegada de los elegidos de Dios, destinados a salvar al mundo de una nueva catástrofe.

b) *La formación religiosa.*—Ideal muy alto el que Pío XII busca conseguir de la nueva generación. Es preciso señalar los medios que contribuyan a su realización. Todo lo bueno, venga de donde viniere,

(3) *Radiomensaje al IV Congreso Interamericano de Educación Católica, en Río de Janeiro, 5 de agosto de 1951 ; «Ecclesia» n.º 526 (11 de agosto de 1951), p. 145.*

(4) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media, 1949 ; «Ecclesia» n.º 427 (17 de septiembre de 1949), p. 315.*

(5) Ib

debe ser incorporado a la tarea común de edificar el hombre del mañana. Pero, como una forma superior, que todo lo actúe y a todo dé orientación y sentido, es preciso establecer la formación religiosa, sin la cual la educación se reduciría a una amalgama de reglas pedagógicas carentes de finalidad concreta. Para Pío XII es evidente que «la educación que prescinde de ser moral y religiosa carece de las bases más importantes, descuida las mayores facultades del hombre, descuida las energías más eficaces y vitales, desarrolla toda clase de vicios y confunde el mal con el bien. Los mejores pedagogos lo ven hoy, lo sienten y se esfuerzan por remediar las deficiencias pasadas, perfeccionando los métodos y buscando una educación nueva» (6).

Una concepción sobrenatural del hombre no puede menos de implicar la necesidad de una formación primordialmente religiosa. Pío XII ha visto claro. Solamente una religiosidad asimilada y vivida puede hacer realidad el ideal de la nueva generación cristiana. «Tarea ardua y difícil» (7), reconoce el mismo Pontífice; pero tarea imprescindible, porque «si el joven, terminada su educación, no sale sólidamente formado, si esa imagen de Dios queda modelada en material blando, no es raro que resulte pronto completamente deformada, no tardando en aparecer los brotes de los desórdenes y del vicio» (8).

La imagen de Dios, firme y sólida, es el producto propio de la educación moral y religiosa, «que ilumina la inteligencia, forma la voluntad y disciplina y santifica las costumbres» (9). Es muy delicada la misión que Pío XII pone en las manos del educador: «el niño y el adolescente son una esperanza que promete para la familia, para la patria y para toda la humanidad; pero al mismo tiempo una esperanza preciosa para la Iglesia, para el cielo y para el mismo Dios, cuyo hijo es o debe ser» (10). Cualquier error de fundamento puede quebrar esta delicada estructura, puede dejar sin realización hasta la misma «esperanza» de Dios sobre la juventud.

Pero la formación religiosa no es sólo la base de la educación, no es un conocimiento adquirido y almacenado para el momento en que sea preciso echar mano de él. La formación religiosa es premisa y alma de la formación total. Es premisa, porque de ella deben educirse con-

(6) *Al IV Congreso Interamericano de Educación Católica, t. c.*

(7) *Ib.*

(8) *Ib.*

(9) *Ib.*

(10) *Ib.*

tinuamente aplicaciones concretas a la vida cotidiana del estudiante. Es alma porque debe vitalizar y dar pleno sentido al resto de los conocimientos adquiridos en el período de formación, con profundas repercusiones más allá del plano puramente individual, en lo colectivo y social. Pío XII veía claramente esta riqueza informante de la religión.

c) *Educación de todo el hombre.*—Una finalidad: la formación del nuevo cristiano. Un medio fundamental: la conciencia moral y religiosa viva y operante. Ya tenemos los dos elementos primordiales de la enseñanza según la mente de Pío XII. Resta ahora edificar. Es preciso señalar los restantes elementos que han de contribuir a la constitución de ese hombre renovado.

En el plano humano busca Pío XII una «juventud fortificada por los ejercicios corporales, sanamente entendidos y practicados, que aporte gustosa su brío, su resistencia, su elasticidad a las luchas del espíritu, al servicio de las causas santas, dispuesta siempre, cuando la ocasión se presente, a desmontar con una respuesta desenvuelta, con una carcajada fresca y sonora, a cualquier adversario demasiado propicio a la mentira, a la poca lógica y a la calumnia» (11).

Cualidades físicas, salud corporal, facultades equilibradas, deseaba el Papa en sus juventudes cristianas. Pero la formación humana del espíritu le preocupaba más hondamente.

Supuesta la base de una sólida conciencia religiosa, Pío XII no teme a la ciencia. «Sobre tal fundamento formad hombres de ciencia y de técnica. No sucederá que éstos infundan temor al mundo, como sucede hoy por haber desatado la ciencia—al mismo tiempo que la admiración—el terror de sí entre los pueblos y suscitado formidables problemas políticos, sociales e internacionales; consecuencia quizá de la intentada separación de religión y ciencia. Algunos, al menos, entre los mismos científicos sufren al ver la desproporción creada por la técnica entre las fuerzas materiales desmesuradamente acrecidas, de que disponen los hombres y la pequeñez y debilidad de sus espíritus» (12).

No ignora el Papa el predominio de la técnica en el actual campo de la educación. Ama la técnica, pero esto no es óbice para que vea

(11) *Discurso a unos jóvenes universitarios franceses*, 7 de abril de 1947; «Ecclesia» n.º 301 (19 de abril de 1948), p. 425.

(12) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, l. c.

en ella un arma de dos filos. Teme la debilitación de los valores más hondamente humanos y cristianos, expresados en disciplinas más especulativas, cuya decadencia se acentúa día a día. Por eso Pío XII no olvida con frecuencia, al dirigir su palabra a profesores o estudiantes, el recomendar la atención hacia las humanidades, hacia aquello que tenía la antigüedad de eternamente bueno.

Uno de los primeros síntomas de la materialización del espíritu, con motivo de un exceso de técnica, sería la aparición de un sentido autosuficiente de clase. El Papa Pacelli, procedente de la aristocracia romana, no pierde ocasión de prevenir contra este peligro y esta mentalidad a la gran masa estudiantil, reclutada preferentemente entre los ambiente burgueses. «Nuestros tiempos—les dice el Papa—necesitan que las mentes de los alumnos se vuelvan hacia un sentido de justicia más efectivo, apartando de sí la innata tendencia a considerarse como una casta privilegiada y a temer y esquivar la vida de trabajo. Los estudiantes deben ser y sentirse trabajadores hoy mismo en el cumplimiento constante de sus deberes escolares, como deberán serlo mañana en los puestos directivos de la sociedad... han de aprender a trabajar, a soportar la dureza y la necesidad para gozar los derechos de la vida social por el mismo título que los trabajadores manuales» (13).

La educación cristiana ha de ser moderna y, por otro lado, la educación moderna ha de ser completa. Juntamente con la educación física e intelectual se requiere una sólida formación social, «que inculca en el ánimo de los jóvenes un amor sincero de la justicia y de la caridad, base del verdadero orden nuevo; la educación cívica y política, que hace a la juventud consciente de sus deberes para con la nación y al mismo tiempo la guía en el ejercicio de los derechos que más tarde la harán participar en la vida pública del país» (14). En el terreno de lo político es deseable el pronto término de los nacionalismos a ultranza. Las conciencias nacionales aislacionistas están en abierta contradicción con la universalidad cristiana. Pío XII contempló los días más gloriosos de los movimientos totalitarios, su máximo apogeo, cuando el sentido de la propia perfección y autosuficiencia parecía ser la panacea universal que levantaría las naciones. También a Pío XII le correspondió contemplar el triste final de estas mismas concepciones políticas. La conciencia de esta doble experiencia, que tan de cerca

(13) *Ib.*, pp. 315-316.

(14) *A la IV Semana Social Portuguesa, de Braga*, 16 de octubre de 1952; «Ecclesia» n.º 591 (8 de noviembre de 1952), p. 512.

hubo de vivir, da un especial valor a sus palabras cuando, dirigiéndose a una sociedad que todavía mantiene en su retina las escenas atroces del último conflicto armado, les recuerda que «es tiempo de ampliar el horizonte de los jóvenes sobre un mundo menos embarazado por facciones mutuamente envidiosas, por nacionalismos a ultranza, por ansias de hegemonía, por las cuales tanto han sufrido las presentes generaciones »(15).

Por encima de todo el conjunto humano en su aspecto social y político, desea Pío XII ver alzarse el espíritu de una sana libertad. «Es bueno proclamar las verdaderas libertades del espíritu y asegurar su protección contra todas las formas abusivas de presiones políticas, sociales y filosóficas. Procuraréis, haciendo esto, mostrar hasta qué punto la Iglesia sirve a los progresos del saber humano cuando, fiel a la misión de su divino fundador de dar testimonio de la verdad, mira a sus hijos víctimas de los funestos abusos de la libertad y de peligrosas desviaciones del pensamiento y cuando reivindica para ellos las justas franquicias de la vida intelectual y el derecho a conocer y propagar la verdad» (16).

Gracia, vida sobrenatural, formación religiosa, educación integral —desde las aptitudes físicas hasta las más altas virtudes de la convivencia humana—, todo ello infundido de un espíritu libre; he aquí a grandes rasgos los elementos que deben orientar, según Pío XII, el desarrollo de la educación cristiana. Se trata de una educación que, comenzando por lo más íntimo de la conciencia, por las misteriosas relaciones del alma con Dios, debe desbordar el ámbito de lo puramente interior para invadir toda la vida familiar y social. La educación es caridad de Cristo comunicándose y vivificando todos los tesoros de ciencia, de virtud, de convivencia adquiridos por el hombre al correr de los siglos. El Papa parecía saborear con antelación el resultado de esta fecundación de la sociedad por la gracia: «Abrase la nueva juventud al respiro de la catolicidad y sienta el encanto de aquella caridad universal que abraza a todos los pueblos en el único Señor. Dadles asimismo la conciencia de su propia personalidad y por ello del máximo tesoro de la libertad: adiestrad sus espíritus en la sana crítica, pero al mismo tiempo infundidles el sentido de la humildad

(15) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, l. c., p. 316.

(16) *Al XXV Congreso Mundial de Pax Romana, en Viena*, 31 de agosto de 1958; «Ecclesia» n.º 896 (13 de septiembre de 1958), p. 285.

cristiana, de la justa sujeción a las leyes y de los deberes de solidaridad» (17).

Cuando se concibe la educación como una obra de gracia, su ejercicio experimenta una transformación honda: queda convertido en una misión redentora. «Abrir, dilatar, esclarecer, formar progresivamente el espíritu del niño y del adolescente que despierta a la vida, guiar a la juventud curiosa, ardiente, santamente ambiciosa de descubrir la verdad, empeñada en recoger frutos en todas las ramas del saber. ¿Hay papel más bello, más amplio, más variado, en su maravillosa unidad? Porque finalmente en todas las edades, en todos los dominios del estudio, una sola cosa se persigue: la adquisición de una luz cada vez más plena, cada vez más pura, para amarla y gustarla, para difundirla y propagarla, para darla a todos, a cada uno según su capacidad, para multiplicar y esparcir por todas partes sus beneficios» (18).

d) *El derecho a la educación.*—Antes de trazar la figura del maestro cristiano según la mente de Pío XII, es conveniente recoger las alusiones de este Papa al problema del derecho a la enseñanza. La doctrina católica sobre este punto tan fundamental quedó perfectamente aclarada en la Encíclica *Divini illius Magistri*, de Pío XI. En ella se establecía la jerarquía Iglesia, familia, Estado, en lo tocante a derechos y obligaciones en torno a la educación, indicándose con claridad los títulos que cada una de estas tres sociedades ostenta para realizar tal labor. Esta jerarquía permanece inmutable en la mente de Pío XII y quedó claramente manifiesta cuando las circunstancias exteriores le obligaron a recordar la doctrina de su predecesor.

En 1939, el 20 de Octubre, lanzaba Pío XII al mundo su primera Carta Encíclica, su primer mensaje universal, en el que definía las líneas fundamentales que se proponía seguir a lo largo de su Pontificado. La Encíclica *Summi Pontificatus*, sobre las necesidades de la hora presente, contiene una grave queja del Padre Común ante las violencias del poder estatal, que en muchas naciones de Europa arrebatava a los hijos de la tutela familiar o eclesiástica para entregarlos a una formación violentamente nacionalista e irreligiosa en las escuelas

(17) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, l. c.

(18) *A un grupo de profesores y estudiantes universitarios franceses*, 10 de abril de 1950; «Ecclesia» n.º 458 (22 de abril de 1950), p. 426.

del Estado. Pío XII insiste de un modo especial, en este mensaje, siendo ésta su nota más característica en el terreno de los derechos y deberes a la educación, en los títulos inalienables que la familia posee para la formación de su prole. Nos atrevemos a decir que ante la mente de este Papa ocupaba un lugar primordial el peligro que supone la violación de los derechos familiares, sobre los que volverá frecuentemente en varios documentos. El Estado «puede pretender los bienes y la sangre, jamás el alma redimida por Dios. La misión que encomendó Dios a los padres de proveer al bien espiritual y material de la prole y de procurarle una formación armónica, imbuida de verdadero espíritu religioso, no puede arrebatarles sin lesionar gravemente el derecho» (19).

Pío XII, para quien la educación es obra de gracia, considera a los padres—padres cristianos, miembros de la Iglesia—como los primeros detentadores de esta misión sobrenatural. Quien viola su derecho comete un «crimen de lesa majestad contra el Rey de reyes y Señor de los que dominan» porque «las almas de los hijos dados por Dios a los padres, consagradas en el bautismo por el sello real de Cristo, son un sagrado depósito sobre el que vigila celoso el amor de Dios» (20). «Un sistema de educación que no respetase el recinto sagrado de la familia cristiana, protegido por la ley santa de Dios, que atentase a sus bases, que cerrase a la juventud el camino a Cristo... pronunciaría contra sí mismo la sentencia de condenación y experimentaría a su tiempo la ineludible verdad de la palabra del profeta: Todos los que se apartan de Tí, serán confundidos» (21).

Son duras las palabras del Papa. Así lo exigían las especiales circunstancias y la extensión del mal.

Pío XII penetró profundamente en la misión excelsa de la familia que camina en pos de Cristo. En su ideal de la nueva sociedad cristiana que ha de alzarse de las ruinas que cubrían la Europa de 1945, comprendió claramente que los primeros años de la vida humana son decisivos en su evolución posterior. Si en ellos se carece del fermento religioso y de la iniciación moral, se multiplicarán luego las dificultades para enderezar esa vida que carece de sus principios más fundamentales. Pero la educación en los primeros años está enteramente en manos de la familia. De aquí la necesidad de mantener sus dere-

(19) Ib.

(20) Ib.

(21) Ib.

chos. De aquí también la constante insistencia en ellos de Pío XII, especialmente cuando, desaparecidos los partidos totalitarios en Europa Occidental, surja en sustitución suya un enemigo aún mayor: la general indiferencia de los padres ante la misión sagrada que les ha sido encomendada.

No olvida, sin embargo, el Papa los derechos de la Iglesia a la enseñanza. No podía menos quien basaba la formación toda del joven en su desarrollo sobrenatural. Especialmente al llegar el momento de redactar la nueva Constitución de la naciente República Italiana es cuando Pío XII recuerda con insistencia el derecho de la Iglesia a proveer a una educación libre de sus hijos. «Un inmediato y eminente derecho en el terreno educativo, con todos los medios necesarios y útiles para este fin pertenece a la Iglesia, maestra y madre sobrenatural de las almas, a la que está confiado el cuidado religioso de los hombres y que por eso mismo es también responsable de la formación espiritual y moral del niño... Exige el bien común que el Estado tutele y respete el derecho a la educación que tienen la familia y la Iglesia... Esforzáos, pues, todo lo posible para que estas bases, confirmadas y afianzadas por la más amplia experiencia, sean exactamente mantenidas y observadas y que en todo caso los padres que pidan para sus hijos la escuela católica la tengan plenamente asegurada» (22).

En la abundante documentación de Pío XII sobre la enseñanza son escasas las alusiones a los derechos del Estado en esta materia. En general no creyó hallar ocasión propicia o no juzgó necesario insistir en lo ya establecido en la Encíclica *Divini illius Magistri*. Así y todo no desdeñó señalar explícitamente que «no seremos ciertamente Nos quien neguemos o disminuyamos el derecho propio que también tiene el Estado en materia de educación, derecho que encuentra su fundamento y al mismo tiempo su medida y límite en el bien común» (23). No podemos, por último, menos de señalar a este respecto que, si bien Pío XII aludió en escasas ocasiones a la labor educadora del Estado en cuanto tal, no es menos cierto que, de hecho, sus mejores y más extensas alocuciones en torno a los problemas de la educación y particularmente en torno a la alteza y significado de la labor del maestro, fueron dirigidas a profesores y alumnos de escuelas estatales, especialmente en Italia, en quienes el Pontífice rindió

(22) *A los Maestros Católicos de Italia*, 8 de septiembre de 1946; «Ecclesia» n.º 270 (14 de septiembre de 1946), p. 285.

(23) *Ib.*

tributo de admiración a todos aquellos que son instrumento de la acción formadora del Estado.

e) *Pío XII ante el maestro.*—Iniciamos ahora el estudio de una de las más ricas facetas de la doctrina de Pío XII sobre la enseñanza. Ya hemos indicado anteriormente que la dedicación preferente al educador es uno de los caracteres distintivos de esta doctrina. ¿Qué es el educador a sus ojos? ¿Qué espera de él? ¿Qué le exige? Preguntas todas ellas que encuentran sobrada respuesta en sus abundantes documentos sobre el tema.

Veamos primeramente la responsabilidad del maestro. Cuando llega el momento de establecer un punto de partida en el que descansa toda la moral profesional del educador, Pío XII no encuentra otro más firme, más seguro ni tampoco más rico en derivaciones, que su carácter de representante de los padres. De aquí deriva toda su gloria y toda su responsabilidad: «¿Qué honor ser delegados y representantes de los padres para hacer sus veces! Pero, al mismo tiempo, ¡qué temor, si no fuera por la conciencia de haberlo recibido de Dios, al considerar la dignidad, las consecuencias, las responsabilidades, la dificultad y la austeridad de esta misión!» (24). Ya tenemos, pues, al maestro incardinado, en virtud de su relación con los padres, a todo el orden sobrenatural de la educación cristiana. El maestro es también él portador de la gracia, instrumento de una renovación. El cristianismo viene a constituir una corriente vital de sabiduría y de gracia; pues bien, «de esta irrefrenable corriente hacia la humana perfección, preparada y guiada por la Providencia divina, los educadores vienen a ser los moderadores y responsables más directos, asociados a la misma Providencia para cumplir sus designios. De ellos, en gran parte, depende el que la corriente de la civilización avance o retroceda, se vigorice en su ímpetu o languidezca inciertamente, se apresure derechamente hacia su fin o, al contrario, se dilate; al menos por el momento, en vanos rodeos o, lo que es peor, en palúdicos y malsanos meandros» (25).

El educador, instrumento de lo sobrenatural. Concepción grandiosa de Pío XII. Pero no supongamos por ello que el Papa desconoce la

(24) *A la Asociación de Maestros Católicos de Italia*, 4 de noviembre de 1945; «*Ecclesia*» n.º 228 (24 de noviembre de 1945), p. 462.

(25) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, I. c., p. 314.

amargura real que se encierra en la realización concreta de la tarea docente día tras día. «Trabajo duro y difícil» (26), especialmente en los primeros años de la formación: «en realidad es muchas veces dura la vida de quien la consume en las largas jornadas pasadas con los niños» (27). ¿Qué es lo que podrá inducir a tantos hombres y mujeres a sacrificar sus vidas en una labor aparentemente tan ingrata y, con dolorosa frecuencia, tan escasamente retribuida? Pío XII señala un triple grado en el motivo principal de la vocación del maestro: interés material, ideal docente e ideal sobrenatural.

El primero no deja de poseer cierto aspecto estimable: el derecho del maestro a una justa retribución. «El maestro es hombre, tiene que vivir y por eso ha de recibir por su trabajo una justa y honrada recompensa» (28). Sin embargo, nunca debe enseñar por interés, sino por amor. Pío XII no vacila en afirmar que «quien no viera en la educación más que un oficio, que dejaría con gusto cuando se le presentase otro más lucrativo, no sería más que un pobre mercenario, que trabaja sin amor y sin gusto, poco más o menos como un forzado, que arrastra su cadena con el pensamiento siempre fijo en la idea de la evasión» (29).

Es preciso buscar un ideal más elevado. Para Pío XII, lo hemos indicado repetidas veces, no existe otro que el de formar nuevos cristos entre los hombres, nuevos miembros vivos de la Iglesia. Se trata de una «irresistible vocación de preservar a aquellos niños del mal para hacer de ellos buenos servidores de Cristo, de la Iglesia y de la sociedad humana» (30).

Habla el Papa de «irresistible vocación». Y es que la gracia anda por en medio. Por eso el aspecto docente del magisterio humano no puede ser totalmente comprendido si prescindimos de la consideración sobrenatural. El maestro es apóstol y, como tal, ha de cultivar primordialmente su desarrollo interior. Oración, frecuencia de sacramentos para llenarse de Dios. No solamente para encontrar en Él la fortaleza en vistas al combate diario, sino también para derramar su ser sobrenatural en las almas que le han sido confiadas. «Belleza magnífica la del maestro o maestra... que se han nutrido con las carnes

(26) *A la Asociación de Maestros Católicos de Italia*, 4 de noviembre de 1945, l. c.

(27) *Ib.*

(28) *Ib.*, p. 463.

(29) *Ib.*

(30) *Ib.*

del Cordero immaculado y así, ardientes, radiantes, se van a tomar en sus manos aquellas inteligencias y aquellos corazones» (31).

De este modo adquiere su sentido total la existencia del educador. Ya puede encontrar un profundo significado hasta a sus mismos fracasos. El ideal de la vida divina todo lo explica, incluso las más espantosas renunciaciones. «Sin este ideal, ¿quién tendría el coraje, quién tendría el derecho a sacrificar—en apariencia—las investigaciones y las creaciones de una vida intelectual que uno siente rica y exuberante en sí, las conquistas brillantes de una vida apostólica que en él palpita..., los gozos de una vida de familia durante las horas, tal vez cortas, del descanso en el hogar?... ¡Son tan frecuentes las decepciones, tan numerosos y tan amargos los fracasos! Pero gracias a Dios, mientras que vuestro pecho se agota hablando, vuestros ojos descifrando y corrigiendo las tareas, vuestro corazón se remonta hacia Dios, hacia Cristo, a quien queréis dar a estos niños que El os ha confiado» (32).

¡Cuánto cariño y comprensión en estas palabras de Pío XII! Se trata indudablemente de una profunda visión sobrenatural. Pero esto no basta. El ideal está señalado, pero es preciso indicar también los medios en que han de concretizarse estas vocaciones heroicas. ¿Cuáles son los recursos que el maestro ha de poner en práctica? ¿De qué virtudes habrá de valerse en su trato cotidiano con el alumno?

La vida sobrenatural del educador debe animar un complejo conjunto de cualidades intelectuales, morales, profesionales y, por último, debe resplandecer particularmente en el cultivo de las mismas virtudes sobrenaturales. Pío XII nos ofrece, en apretada síntesis, este maravilloso conjunto de perfecciones que pide su ideal del «buen maestro»: «Buenos maestros con perfecta formación humana—intelectual y moral—porque el magisterio es una función altísima que pide tanta discreción al entendimiento como bondad al corazón; tanta capacidad de intuición como delicadeza de espíritu; tanta adaptabilidad y acomodación como fondo humano capaz de soportarlo todo por amor al prójimo» (33).

»Discreción de entendimiento... capacidad de intuición». Ciertamente lo primero que se pide al educador es que conozca con perfec-

(31) *Ib.*

(32) *Discurso a un grupo de profesores y universitarios franceses*, 10 de abril de 1950, l. c.

(33) *Radiomensaje clausurando el V Congreso de la Confederación Interamericana de Educación Católica*, de La Habana, 12 de enero de 1954; «*Ecclesia*» n.º 654 (23 de enero de 1954), p. 89

ción la materia sobre la que ha de ejercer su labor docente. Pío XII desea maestros «egregiamente instruidos, cada uno en la disciplina que debe enseñar» (34). Sin embargo, no deja de señalar más concretamente las particularidades que deben acompañar a la formación intelectual del maestro: adaptación y vitalidad. Todo el estudio del educador ha de ir orientado a cubrir las necesidades del discípulo, más que a satisfacer el propio gusto o a cultivar la propia erudición: «Del maestro se exige sabiduría más que ciencia, profundidad más que extensión de conocimientos» (35). Pero es la vitalidad lo que más parece estimar el Papa en la formación intelectual del profesor. «Ni el latín, ni el griego, ni la historia, mucho menos la filosofía, serán acogidos por los estudiantes con verdadero provecho cuando sean presentados sin entusiasmo, como cosas extrañas a la vida y al interés de aquel que enseña» (36). Es la diferencia existente entre «vender palabras» y «modelar almas». Pío XII busca entusiasmo, comunicación de vida intelectual, una auténtica paternidad en el campo de la ciencia. Exhorta con frecuencia a los educadores a que se conviertan en «padres de las almas», antes que en propagadores de conocimientos estériles. «Sed tales que, poseyendo la vida en su pleno vigor, sepáis suscitar en torno otras vidas semejantes a las vuestras» (37).

Mas esta cualidad tan fundamental de una amplia formación de la inteligencia no es, en el fondo, sino un aspecto—quizá el más sobresaliente—de una plena integridad moral y profesional. La educación exige primordialmente, por razón de su misma esencia, un conocimiento profundo del niño, contando para ello con las más modernas adquisiciones de la ciencia. El alumno con frecuencia pide un trato especial, según las diferentes edades y caracteres. Se requiere una penetración en su psicología en orden a poder «expresar e imprimir las cosas en las pequeñas mentes de los alumnos. Sin deformarlas nunca, claro está, los maestros deben, sin embargo, transformarlas, usando términos sencillos y adecuados, sin caer por ello en palabras y en formas exageradamente pueriles» (38).

(34) Ib.

(35) *A la Asociación Italiana de Maestros Católicos*, 4 de noviembre de 1955; «Ecclesia» n.º 748 (12 de noviembre de 1955), p. 538.

(36) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, l. c., p. 315.

(37) Ib.

(38) *A la Asociación Italiana de Maestros Católicos*, 4 de noviembre de 1955; l. c.

Conforme a esto, Pío XII desea en el educador católico «una competencia profesional, por lo menos, superior al nivel medio y, mejor aún, eminente en todos los grados de la enseñanza y en cada una de las especialidades, si no se quiere ser indigno de una misión que no es solamente para servicio del pueblo y del Estado, sino también de la Iglesia y de las almas» (39). El campo de la pedagogía, con todos los adelantos que modernamente ha experimentado, deberá ser explotado por el educador que desee adquirir una mínima categoría profesional. No deja, sin embargo, de advertir el Papa los peligros que pueden encerrarse en una aplicación precipitada de nuevas normas, aun cuando hayan podido ofrecer resultados satisfactorios en países de diferente idiosincrasia. «Si es magnífica regla atesorar sistemas y métodos acreditados por la experiencia, es necesario cribar con todo cuidado, antes de aceptarlas, las teorías y los usos de las modernas escuelas pedagógicas» (40). No se trata de una irracional adhesión a los métodos caducos lo que propone el Santo Padre. No intenta otra cosa que prevenir los males engendrados por un ansia excesiva de experimentación sobre el alma del niño. «La escuela no puede compararse a un laboratorio químico, en el cual el riesgo de desperdiciar sustancias más o menos costosas se compensa con la probabilidad de un nuevo descubrimiento; en la escuela se trata de la salvación o de la ruina de cada una de las almas. Por eso las innovaciones que se juzgaron oportunas llevarán consigo la elección de medios y métodos pedagógicos secundarios, quedando firmes, por tanto, la finalidad y los medios sustanciales que serán siempre los mismos, como siempre es idéntico el fin último de la educación, su sujeto, su principal autor inspirador, que es Dios Nuestro Señor» (41).

Es preciso educar con el contacto vivo del ejemplo. El maestro debe constituirse en un modelo presente de la doctrina que enseña. Pero todo educador, aun aquel que ha logrado aparecer como modelo ante la juventud, debe descender frecuentemente al trato personal con el discípulo. «Existe también una tarea o un trabajo que mira a cada niño en particular, y esta tarea no podría llevarse a cabo sin daño dentro de un trabajo que pudiéramos llamar colectivo... Un niño, por

(39) *Radiomensaje clausurando el V Congreso de la Confederación Interamericana de Educación Católica*, de La Habana, l. c.

(40) *Al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, l. c.

(41) *Ib.*

ejemplo, tiene necesidad de ser alentado, estimulado; y otro, en cambio, ha de ser refrenado; puede suceder que mientras para uno sea preciso el estímulo, para otros lo sea la reprensión o el castigo. Recordad: las almas son creadas una a una y no en serie por Dios, quien se complace en no hacerlas iguales» (42).

Cuidado particular y amoroso. Trato personal entre alumno y profesor. Vida de alma a alma. Todo ello debe encontrar su complemento y su perfección en el plano de lo religioso y sobrenatural. El maestro católico no puede jamás olvidar que es, ante todo, el portador de un patrimonio divino, hecho carne en él, que debe comunicar a las almas. Pío XII no se cansa de recordarlo en las numerosas ocasiones en que veía apiñarse a su alrededor a los formadores de la juventud, ansiosos de orientación y doctrina. «Os preocuparéis particularmente de que la religión la aprendan de modo claro, orgánico y vivo. Sobre todo vivo. No sólo en cuanto significa interés por conocerla, sino en el sentido de que la religión es vida, es decir, factor indispensable para vivir, ya como solución de incertidumbres y de dudas, ya como auxilio para superar las luchas, hoy pequeñas, mañana grandes; como refugio contra las incipientes seducciones del mal; como luz y guía para sus acciones, deberes, renunciaciones y relaciones con el mundo externo» (43).

De esta manera se ha cerrado el círculo que constituye el concepto pleno de Pío XII sobre el educador cristiano. Le vimos iniciarse en una vida sobrenatural íntimamente vivida en el maestro; le hemos visto desarrollarse a lo largo de todos los campos de la compleja labor del pedagogo; por último le vemos elevarse de nuevo hacia lo sobrenatural, esta vez ya infundido y viviente en el alma del discípulo. Se trata de un germen, muchas veces inconsciente, pero siempre activo, esperando la ocasión de manifestarse: «Muchos de los niños os deberán, aunque lo olviden, el vigor y la claridad de su vida cristiana y la mayor parte de los que desfallecen sentirán a la última hora revivir las convicciones y los sentimientos de su infancia. El poeta pagano lo había dicho: «Quod semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu». ¡Cuánto más verdadero es esto si se trata de la juventud cristiana!» (44).

(42) *A la Asociación Italiana de Maestros Católicos*, 4 de noviembre de 1955; l. c., p. 539.

(43) *Ib.*

(44) *A un grupo de profesores y estudiantes universitarios franceses*, 10 de abril de 1950; l. c.

Esta rápida visión de conjunto sobre la misión, responsabilidad y cualidades del educador en general, según Pío XII, exige ser completada con el estudio de algunos de los rasgos particulares propios de cada uno de los tres grandes grupos docentes: la familia, los profesores de la Iglesia y los maestros estatales. Para cada uno de ellos tuvo Pío XII palabras de aliento y también frases de alerta e incluso de reconvención. A cada uno de ellos le señaló su misión concreta y propia en el interior del alma del niño del joven. Ante cada uno de ellos presentó y recomendó el ideal del educador cristiano que acabamos de exponer, modificado por las circunstancias propias.

Ya aludíamos en páginas anteriores a los derechos que tanto la familia como la Iglesia y el Estado pueden y deben aducir en orden a la enseñanza. No es preciso insistir en ello. Ahora se trata más bien de deberes, del modo como han de vivir este ideal del maestro cristiano el padre y la madre, el sacerdote, el religioso y la religiosa educadores, el maestro y la maestra de las escuelas nacionales.

f) *El hogar, primer centro de formación.*—«Por más pronto que se comience, nunca es demasiado pronto para formar el carácter y las costumbres del niño» (45). Esta expresión puede considerarse como el gran axioma constantemente recordado por Pío XII, sobre el que funda toda la responsabilidad familiar en la educación del niño. «La educación comienza en la cuna, la escuela primaria insustituible es el hogar doméstico» (46).

Los primeros ejemplos del hogar, la ausencia o la presencia en él de una formación religiosa, constituyen los puntales en que se apoya gran parte de la orientación que tomará el futuro hombre. Acción humilde la de los padres en torno al niño; pero acción profunda y, en muchas ocasiones, acción decisiva. Son expresiones muy amargas las que brotan de los labios del Santo Padre al tratar el doloroso tema del colectivo abandono de la educación por parte de la familia: «Es verdad—triste verdad—la deplorable decadencia de la educación familiar... Hacen falta largos estudios y una cuidadosa preparación y, sin embargo, muchos padres hoy se preparan poco o nada, por estar demasiado absorbidos por los cuidados temporales» (47). Se marcha

(45) *Radiomensaje al IV Congreso Interamericano de Educación Católica*, l. c.

(46) *Ib.*

(47) *Ib.*

al matrimonio alegremente, sin la más mínima conciencia de que se va a tener entre las manos la felicidad temporal, y quizá la eterna, de los hijos que nazcan de aquella unión. Se confía ciegamente en el instinto natural de la educación, que, si bien existe, es con mucho insuficiente para iniciar en las almas una concepción sobrenatural del mundo.

Pío XII hace una llamada especial a las madres, las tradicionales iniciadoras de la vida religiosa del niño. Ellas son también las encargadas de infundir en él aquellas virtudes que han de facilitar la paz y la convivencia entre los hombres: la bondad, la dulzura, la piedad. El Papa espera de la madre cristiana que enderece la nueva generación «hacia los sentimientos de fraternidad universal y hacia el odio a la violencia. Acción demasiado remota, dirá tal vez alguno. No, es una acción que construye en profundidad y, por lo tanto, es fundamental y urgente» (48).

g) *Labor de la Iglesia*.—Primeramente a través de los padres; más tarde directamente, dentro de lo posible, la Iglesia debe intervenir en la formación del nuevo cristiano. Se trata de una obligación consustancial y de una tradición gloriosa. «La Iglesia, a lo largo de toda su historia, siempre ha demostrado el mayor interés por la vida intelectual de la juventud y no solamente para poner al seguro la ortodoxia, sino para promover su adelanto en toda clase de ciencias, tanto profanas como sagradas» (49).

¿Cuáles serán los deberes fundamentales del educador, del que forma a la juventud en nombre de la Iglesia? Ante todo, y de un modo eminente, todos aquellos que Pío XII señaló como específicos del maestro en general. En ningún lugar de su extensa documentación sobre la enseñanza hemos podido encontrar expresión alguna en la que el Papa exima explícita o implícitamente a este educador de tales obligaciones comunes. Pero es que, además, el maestro eclesiástico, y de un modo especial si es sacerdote, se constituye en padre de un modo supraeminente. El padre es vida comunicándose y esto supone en el sacerdote o religioso un hondo sentido sobrenatural, una formación capaz, una pedagogía sabia, una vida entregada sin reservas. Lamentable error el de quien crea que su estado clerical es una patente

(48) *A la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas*, 24 de abril de 1952; «Encíclicas y documentos pontificios», A. C. E., p. 1346.

(49) *A los jóvenes universitarios franceses*, 7 de abril de 1947; l. c.

en curso para proceder con amplia libertad y sin miramientos ni suficiente preparación a la educación de la juventud cristiana. Ni sus votos, ni siquiera su carácter sacerdotal le eximen de unos errores que pueden acarrear consecuencias fatales para las almas y para la misma Iglesia. Pío XII deseaba en sus sacerdotes una «cultura... no inferior a la de los seglares» (50) y este principio fundamental, que deberá regir la formación del seminarista, no se ve razón especial por la que no pueda ser aplicado a los conocimientos pedagógicos del clero entregado a la enseñanza.

Sin embargo, aparte de estas aplicaciones de la doctrina general de Pío XII sobre el educador cristiano, es indudable que la tarea del formador en las escuelas de la Iglesia presenta facetas particulares que el Papa no se olvidó de mencionar.

Ante todo insiste en la formación religiosa del alumno. La obligación de insistir en esta enseñanza de un modo continuado adquiere una fuerza especial cuando se trata de profesores religiosos. En un mensaje dirigido a los Hermanos de las Escuelas Cristianas subrayaba Pío XII el error que se cometería reduciendo a un tiempo determinado la formación religiosa: «La verdadera educación cristiana—dice— exige mucho más: debe ser una obra continua, permanente, progresiva. Debe penetrar toda la enseñanza cristiana, aun la profana, y llegar al fondo del alma» (51). Pero esta formación religiosa ha de ser prudente, sin insistencias desacompañadas que producirían un efecto contrario al que se pretende conseguir. Los alumnos deben recibir la religión brotando del alma del educador más que aprendida en los libros: «No es necesario que, al encontrarnos en medio de las jóvenes, habléis constantemente de Dios; mas cuando lo hagáis, deberá ser de forma que ellas tengan que reconocer que se trata de un genuino sentimiento que nace de una profunda convicción» (52).

Al lado de la educación religiosa y, en gran parte, afectándola e influyendo sobre su eficacia, se hallan un conjunto de problemas muy específicos y propios de los centros regentados por religiosos, clérigos o hermanas. Especialmente a estas últimas prestó Pío XII una especial atención. En diversas ocasiones reconoció y estimuló con cariño su

(50) Exhortación apostólica *Menti nostrae*, 23 de septiembre de 1950; «Colección de encíclicas y documentos pontificios», A. C. E., p. 827.

(51) *A los hermanos de las Escuelas Cristianas*, 6 de mayo de 1951; «Ecclesia» n.º 514 (19 de mayo de 1951), p. 539.

(52) *Al I Congreso Internacional de religiosas dedicadas a la educación*,

labor callada y frecuentemente incomprendida. «Nos complacemos en saludaros, dilectas hijas de Cristo, religiosas de enseñanza, que habéis dedicado vuestra vida precisamente a la educación de la niñez y de la juventud... Para mejor amar a los hijos de los demás, para poder consagraros a la instrucción y formación, habéis renunciado a las legítimas alegrías del hogar doméstico» (53). Pero el Pontífice no se quedó en la alabanza justa y paternal. Pasó a la exhortación y al adoctrinamiento en diversas ocasiones, trazando de paso su programa básico para la formación que esperaba de los colegios religiosos.

El 14 de Septiembre de 1952 recibía a las asistentes del I Congreso Internacional de Religiosas consagradas a la enseñanza. En la alocución que les dirigió, (54) Pío XII se esforzó en trazarles la línea de orientación de su labor educadora. Como punto de partida no establece el Papa una situación utópica; parte más bien de la cruda realidad, de la realidad—«penosa experiencia», dice él—de «que la hermana educadora y la joven de hoy no se entienden muy bien» (55). Se trata de un fenómeno repetido a lo largo del tiempo, la acusación no es nueva; pero quizá hoy día es más grave la situación por partir de una premeditada postura intelectual en ambos extremos. «Aquella incompreensión tiene por consecuencia, de un lado, una reacción que tal vez sobrepasa los límites de la justicia, una tendencia a repeler toda novedad o apariencia de novedad, una sospecha exagerada de rebelión contra todas las tradiciones; del otro, una falta de confianza que aleja de todas las autoridades y que impele a buscar, al margen de todo juicio competente, soluciones y consejos con una especie de fatuidad más ingenua que razonable» (56).

Sereno juicio el de Pío XII, aplicando al caso concreto una ley de carácter más universal. ¿Es que acaso es únicamente en el terreno especial de la educación femenina donde se plantea esta brusca disociación entre las generaciones? El Papa censura las posturas extremas de los educadores: «Pretender la reforma de la juventud, pretender convencerla sometiéndola, persuadirla forzándola, sería inútil y no siempre justo» (57). El remedio no está en condenar, sino en

14 de septiembre de 1951; «Ecclesia» n.º 533 (29 de septiembre de 1951), p. 343.

(53) *A las religiosas de la enseñanza*, 3 de enero de 1940; «Discursos y radiomensajes de S. S. Pío XII», tomo I, p. 491.

(54) Cf. «Ecclesia» n.º 533 (29 de septiembre de 1951), pp. 343-344.

(55) *Ib.*, p. 343.

(56) *Ib.*

(57) *Ib.*

comprender, en curar... y en ceder en todo lo que no concierne a «aquellas verdades y a aquellos valores inmutables que no admiten ningún cambio en el pensamiento ni en el corazón humano» (58). El Papa desea que sus religiosas educadoras sean humanas, naturales y sencillas, conservando el término medio entre la camaradería exagerada y la flojería monjil. No es un término medio fácil de conseguir; pero no por eso es menos necesario a la religiosa que debe realizar una labor formativa entre la juventud.

Estamos hablando de religiosos y religiosas educadores. ¿Hasta qué punto son compatibles estos dos géneros de vida? ¿Hasta qué límites puede llegar la competencia formadora de aquellos que viven separados del mundo? No se trata, evidentemente, de una cuestión de hoy día; hace setecientos años ya se la planteaba Santo Tomás, aunque desde un punto de vista algo diferente (59). Pío XII afronta nuevamente el problema con valentía y su solución es también audaz: hábitos sencillos, castidad perfecta pero operante y fecunda, prescripciones y costumbres conformes con la finalidad docente de cada instituto y, sobre todo, formación conveniente: «Las hermanas maestras y educadoras (nos permitimos añadir: «los sacerdotes y hermanos maestros y educadores») deben estar tan preparadas y tan a la altura de su oficio, deben estar tan versadas en todo aquello con que la juventud se encuentra en contacto o de lo cual recibe su influjo, que la alumna pueda exclamar rápidamente: Podemos acudir a la hermana con nuestros problemas y nuestras dificultades, ella nos comprende y nos ayuda» (60).

La reciente constitución apostólica *Sedes Sapientiae*, sobre la formación de religiosos jóvenes, no olvida este problema de la preparación de un clero regular convenientemente adiestrado en las funciones de la enseñanza. El año de pastoral que prescribe en su art. 48, debe tener como materia parcial de su programa «una enseñanza relativa a las cuestiones psicológicas y pedagógicas, didácticas y catequísticas».

La misma autoridad de la Iglesia, que aconseja, e incluso en determinadas ocasiones obliga a que los padres cristianos lleven a sus

(58) Ib.

(59) Cf. II-II, 187, 1: «Utrum religiosis liceat docere, praedicare, et alia huiusmodi facere».

(60) *Al I Congreso Internacional de religiosas dedicadas a la educación*, l. c., p. 344.

hijos a escuelas confesionales católicas, grava la conciencia del profesorado de estos centros. Una educación defectuosa, incluso en lo humano, convertiría lo que es una práctica amorosa de la Iglesia en una imposición intolerante, que inclinaría a los católicos a escoger un tipo de enseñanza que, aun encerrando un peligro para la fe del niño, le pudiese proporcionar unos medios más eficaces en orden a conseguir una aparente formación humana y social.

h) *La educación en los centros del Estado.*—Nos atrevemos a decir que han sido los maestros nacionales los interlocutores preferidos de Pío XII en materia de enseñanza. Anualmente se complacía en recibir a los miembros de la Asociación de Maestros Católicos de Italia (61), y de las exhortaciones que les dirigía hemos entresacado la mayor parte de las normas fundamentales del educador cristiano, expuestas más arriba.

No es preciso repetir estas enseñanzas, pero sí ampliarlas—como acabamos de hacer en el caso de los maestros de la Iglesia—añadiéndole algunos aspectos concretos, propios del educador estatal.

Insiste invariablemente Pío XII ante los maestros del Estado en la necesidad de la formación religiosa, como base de toda la enseñanza. En los países católicos desea que la misma enseñanza en los centros del Estado se halle orientada por el espíritu de la Iglesia. En 1946 recordaba cómo, conforme al artículo 36 del Concordato entre la Santa Sede y el Estado italiano, «la enseñanza de la doctrina cristiana, según la forma recibida por la tradición católica, se proclama base y corona de la instrucción pública» (62). Pero aun en los países—católicos o no católicos—en los que este ideal no es realizable, desea el Papa que se atiendan las necesidades de las familias creyentes, de modo «que en todo caso los padres que pidan para sus hijos la escuela católica la tengan plenamente asegurada» (63). Pío XII sabe perfectamente que «los resultados, aun de los últimos decenios, se han mostrado desfavorables a la escuela sin religión, que de hecho viene a ser antirreligiosa. Esta ha acarreado frutos amargos en las experiencias del siglo pasado, y por lo mismo ha fracasado en su verdadera finalidad, al paso que la educación cristiana en casi dos mil años ha superado todas las pruebas» (64).

(61) Esta Asociación agrupa al 80 % de los maestros nacionales italianos.

(62) *A los Maestros Católicos de Italia*, 8 de septiembre de 1946; «Ecclesia» n.º 270 (14 de septiembre de 1946), p. 285.

(63) *Ib.*

(64) *Ib.*

No es preciso insistir más en la labor religiosa del maestro de los centros del Estado, pero sí conviene señalar con Pío XII el papel especial que esta labor puede desempeñar en medios rurales o entre las clases más necesitadas de las grandes ciudades. Allí donde no puede llegar el sacerdote, el terreno no está vedado al educador estatal. De esta manera no solamente se convierte en obrero privilegiado en la vanguardia de la Iglesia, sino que encuentra en esa misma labor apostólica la fuente que da sentido a una actividad carente de atractivos humanos.

Con intenso sentido de lo sobrenatural recuerda el Santo Padre estas verdades fundamentales. «Vivimos—dice—una época de formidables trastornos. Tal vez por eso mismo algunos de los maestros católicos, sobre todo de los más jóvenes, sienten la tentación de pensar y preguntarse a sí mismos qué importancia y valor puede tener ante tan gigantesco acontecimiento su pequeño trabajo en una escuela tal vez modesta, con niños sencillos y humildes del pueblo... Mirad siempre a vuestra escuela, grande y hermosa o miserable y estrecha, como si fuera un templo en el que entran el decoro y la pureza, en el que descuellan la verdad y la rectitud, en el que brilla la religión, que eleva y sublimiza el espíritu de Dios, presente en todo lugar» (65). Y a aquellos que han ofrecido su vida al cuidado de los niños pobres de Roma, de los más desheredados, de «las más preciosas joyas del Papa», los defiende y les exhorta. Los defiende de los revolucionarios intransigentes, los del «todo o nada», que imbuídos de ideales de futuras reformas en la totalidad de la estructura social, juzgan tales medidas «como otros tantos paliativos inútiles, más aún dañosos, alegando que retardarían la implantación de la justicia integral» (66). El Papa desea más que nadie esta justicia, pero «las grandes reformas... necesitan de tiempo suficiente para madurar» (67) y entretanto es preciso ocuparse de los niños y niñas abandonados a su suerte, vagando por las calles o por lugares higiénica y moralmente malsanos, acudiendo a salvarles del mejor modo posible. Exhorta Pío XII a estos educadores del pobre a levantar su espíritu frente al pesimismo, meditando en el elevado sentido de su obra. «Trabajáis directamente sobre las almas. ¿Existe acaso fatiga más noble, más fecunda, más

(65) Ib.

(66) *A los profesores y alumnos del Municipio de Roma*, 4 de junio de 1953; «Ecclesia» n.º 622 (13 de junio de 1953), p. 655.

(67) Ib.

agradable a Dios? Aquellos que han sido maestros de otros en el bien —dice el Espíritu Santo— lucirán como estrellas en el firmamento (Dan, 12, 3)» (68).

LA EDUCACION EN SUS DIFERENTES GRADOS

Acabamos de examinar el panorama general de la educación conforme al pensamiento de Pío XII. Ha sido una consideración estática de los diversos elementos que entran a formar parte de una labor tan compleja: naturaleza de la educación, aspectos que comprende, entidades a quienes compete ejercerla, virtudes que han de ejercitar los educadores en conjunto y en particular... Ha sido una labor de análisis, basada continuamente en los mismos textos del Papa.

Se impone ahora una segunda consideración de carácter sintético, de unión y compostura de lo que hemos separado anteriormente a fin de estudiarlo mejor. La tarea educadora es algo único, aunque en ella intervengan múltiples factores. Es preciso contemplar esa unidad en desarrollo que es la juventud creciendo y desenvolviéndose bajo la enseñanza de los maestros. Ya quedó indicado al comienzo del trabajo que es el mismo Pío XII el primero en dar a este segundo aspecto de la educación un lugar privilegiado en sus documentos. La doctrina general hemos tenido que ir a buscarla no en grandes tratados generales, sino en las aplicaciones concretas de sus breves alocuciones a los distintos grupos: maestros italianos, profesores de Universidad, alumnos de Colegios, religiosos de la enseñanza... Esta doctrina general es preciso que volvamos a colocarla allí donde la recogimos, para ver cómo actúa en cada caso, en cada circunstancia, en cada período de la formación del joven.

a) *La enseñanza elemental.*—«Maxima debetur puero reverentia»; esta máxima de Juvenal, adoptada por Pío XII (69), expresa perfectamente el alto concepto de que gozaba ante sus ojos el alma y el cuerpo del niño. Se le debe reverencia por la potencia maravillosa que encierra en su pequeñez y por la misma debilidad y abandono de que esta potencia se halla revestida.

(68) Ib.

(69) *A la Overseas School de Roma*, 10 de abril de 1948; «Ecclesia» n.º 354 (4 de abril de 1948), p. 453.

La suma delicadeza de la materia sobre que opera convierte la enseñanza primaria en un verdadero arte en el que se ejercitan las más altas facultades del maestro. Su misión es depositar en el interior de los pequeños, conformándolas a su mentalidad, todas las semillas que al germinar y desarrollarse conjuntamente han de dar por resultado el hombre total con el que el Papa soñaba. Porque Pío XII soñaba con una humanidad nueva, más santa y más plena, en la que el niño habría de desempeñar un papel primordial. «Si es cierto—como creemos—que Dios prepara una nueva primavera a su Iglesia, Nos gozamos pensando que entre los pequeños, como entre los mayores, hallará el Señor un grupo de almas prontas a cualquier llamada, a cualquier heroísmo».

Si la familia continúa ostentando un derecho y una obligación fundamentales a todo lo largo del desarrollo del niño, es evidente que este derecho y esta obligación son máximos en las primeras etapas de este desarrollo. «No se nace con las ideas de una ciencia innata ni con los sueños de un pasado vivido en otro tiempo. La mente del niño es una página en la que nada se ha escrito desde el seno de la madre» (70). Es en el hogar donde comienzan a imprimirse los primeros estímulos sobre sus sentidos, sobre su inteligencia y su voluntad, es en el hogar donde debe entrar en contacto con las más elementales nociones de religión. Toda vigilancia, especialmente por parte de la madre, es poca. «No pocos rasgos, aun morales, que veis en el adolescente y en el hombre maduro, tienen realmente su origen en las modalidades y circunstancias de su primer desarrollo físico en la infancia: hábitos puramente orgánicos, contraídos siendo pequeños, quizá se convertirán más tarde en una dura dificultad para la vida espiritual de un alma» (71).

Después de los primeros años pasados íntegramente en el interior de la familia, el niño se traslada a la escuela elemental. Es entonces cuando, en colaboración con la enseñanza de los padres, se inicia la labor del maestro. Pío XII nos ha trazado una admirable síntesis del ideal a conseguir en estos primeros años: «Dad a los niños una cultura proporcionada a su edad temprana; procuradles una preparación para las fases posteriores de su educación; inculcadles el santo amor a la familia y a la patria. Pero, sobre todo, dadles una formación re-

(70) *A las señoras de Acción Católica*, 26 de octubre de 1941; D y R, tomo III, p. 243.

(71) *Ib.*

ligiosa y moral sana, sólida, clara y bien fundamentada, que haga mañana de ellos buenos hijos de familia, buenos ciudadanos de la patria y buenos miembros de la Iglesia, que en ellos tiene puestas sus esperanzas» (72).

El fin es muy elevado y los medios exigen una suma prudencia en su aplicación. Se trabaja sobre una materia sumamente blanda. Es perfectamente compatible el poseer un profundo conocimiento de lo que se debe enseñar al niño y carecer, sin embargo, de la suficiente preparación pedagógica acerca de la forma en la que tal enseñanza debe conferirse. Es preciso conocer a cada niño y es preciso saber hablarle. Pocos son capaces de escuchar tanto como los niños, porque nadie como ellos tiene mayor sed de aprender. De ahí que los maestros deban preocuparse por dominar el arte de hablar a los pequeños, de expresarse conforme a sus elementales conceptos. El niño tiene una gran necesidad de ver, de aquí que el recurso a la fantasía constituya en el maestro una norma de la pedagogía más elemental.

Las nociones más indispensables para la vida, que el niño comenzó a asimilar en el hogar, han de ser completadas en la escuela. Entre ellas la religión continuará ocupando su lugar primordial. Es en esta primera etapa de la vida donde se plantea con mayor crudeza el problema de la enseñanza católica. Una gran masa del pueblo pasará directamente de la escuela primaria al campo de trabajo, sin otro bagaje cultural, moral y religioso que el escaso que hayan podido asimilar durante estos breves años. Si la enseñanza religiosa está ausente o no ocupa el lugar debido durante este período, el hombre quedará desprovisto por siempre de la base fundamental del cristiano, máxime teniendo en cuenta que «no pocos de estos niños no asistirán al catecismo parroquial por la negligencia y por la aversión de padres inconscientes» (73).

Tras la religión y las primeras nociones culturales, debe insistir el educador en la formación cívica y social del niño. Es preciso comenzar desde la infancia una educación abierta al exterior, de modo que el futuro ciudadano tenga conciencia de formar parte de una comunidad por cuyo bienestar debe preocuparse. «Lealtad, valor, amor al deber, a la familia, a la patria. Nótese a este propósito que el

(72) *A la Hermandad de Inspectores de Enseñanza Primaria de España*, 3 de julio de 1956; «Ecclesia» n.º 783 (14 de julio de 1956), p. 35.

(73) *A la Asociación Italiana de Maestros Católicos*, 4 de noviembre de 1955; l. c., p. 538.

sentimiento de amor a la patria está quizá hoy demasiado olvidado por algunos... No ha de temerse que el amor hacia la humanidad entera—que vosotros debéis cristianamente desarrollar en vuestros pequeños—esté necesariamente en contraposición con el amor particular a la propia patria» (74).

Todo ello debe realizarse gradualmente, sin prisas. El niño ni física, ni moral, ni espiritualmente puede correr, salvo en casos extraordinarios, que no abundan. El maestro deberá saber esperar e insistirá en la suavidad «porque hacer correr demasiado a los niños puede significar exponerles a tropezar y a caer; de igual modo que echar sobre sus espaldas pesos que no pueden todavía soportar significaría hacerles retrasar el paso cuando no detenerles» (75).

En contacto constante con la familia, el maestro de la escuela elemental debe preparar al niño convenientemente para su ingreso en la enseñanza media. En estos primeros años toda la responsabilidad es de los educadores. El niño no está todavía lo suficientemente desarrollado como para poder oponer un criterio propio a la labor de sus maestros. La actitud, sin embargo, que adopte más adelante con respecto a los profesores en el Colegio y en la Universidad estará condicionada en gran parte por el recuerdo que conserve de este su primer contacto con los formadores.

b) *La segunda enseñanza.*—Muy pocos aspectos, por no decir ninguno, de la educación de la juventud han sido objeto de más reformas y de más apasionadas disputas que éste de la enseñanza media. Sobre él se han acumulado las teorías y las críticas más acerbas. Es el mismo Pío XII quien recuerda que «la educación colegial, particularmente en los institutos... ha sido objeto de severas críticas en los últimos tiempos por parte de algunos cultivadores de las ciencias pedagógicas que la consideran detestable, totalmente inepta» (76).

Pero el Papa, en este campo, como en los demás, no es partidario de las reformas bruscas. Es preciso trabajar con los elementos que se tienen a mano. Hoy por hoy, dada la estructura social de la familia, la educación colegial, con todas sus taras y defectos, es insustituible. Es preciso no caer en un pesimismo inactivo. Conviene, ante todo,

(74) Ib.

(75) Ib.

(76) *Al Instituto Nacional Masculino de Roma*, 20 de abril de 1956; «*Ecclesia*» n.º 772 (28 de abril de 1956), p. 478.

apreciar los valores de lo que ya se posee, luego procederá corregir los defectos.

¿Qué ventajas ofrece al estudiante la educación en Institutos y Colegios? Pueden resumirse «en una más austera conciencia del deber, en el sentido de la disciplina y de la precisión, en el hábito de ordenar las propias ocupaciones, en el sentimiento de responsabilidad de los propios actos. En el Colegio el joven aprende durante cierto tiempo a saber convivir en sociedad gracias a las diferentes relaciones en que viene a hallarse con sus superiores, con sus condiscípulos y con los inferiores de edad. Es impulsado hacia una sana emulación, hacia el justo sentido del honor y a la aceptación de sacrificios necesarios. La posesión de estas dotes desde los tiernos años facilitará sin duda al joven su entrada en la vida, le ayudará a afrontar las dificultades y a cumplir las obligaciones del propio estado» (77).

Cualidades todas ellas que no se atreverán a negar los más duros adversarios de la enseñanza colegial. Pero faltaría Pío XII a la objetividad si se limitase a la mera enumeración de todas estas ventajas, sin mencionar los inconvenientes reales y frecuentemente gravísimos que inutilizan, cuando no convierten en nocivo, este género de enseñanza. El Santo Padre no desconoce estos peligros. En el discurso que dirigía el 20 de Abril de 1956 a los profesores y alumnos del Instituto Nacional Masculino de Roma, de donde hemos recogido el párrafo anterior, dedica el Papa una gran atención a la exposición de todas estas desventajas: el formalismo, vacío de sentido y de vida, tanto en la disciplina como en la oración; el fomento de la hipocresía, como consecuencia de un reglamento inflexible y externo; el embotamiento de la actividad personal, producido por la uniformidad; la excesiva severidad, que en unos produce rebeldía y en otros introversión y pusilanimidad (78).

Acusaciones todas ellas que oreeíamos excesivamente duras si no viniesen de quien vienen. Su solución urge y esta solución, tarea común de profesores y alumnos, debe iniciarse, ante todo, entre los que están arriba.

El profesorado evitará, como medida elemental, la educación en masa que «cuesta ciertamente menor fatiga, pero que corre el peligro de aprovechar solamente a algunos y son todos los que tienen derecho a aprovecharse de ella» (79). Es intolerable la estructura de muchos

(77) *Ib.*, p. 479.

(78) *Ib.*

(79) *Ib.*

Colegios en los que, por circunstancias extrínsecas o por una mentalidad deformada, se sigue utilizando el método de una «agrupación común, demasiado uniforme, que somete a veces a un centenar de colegiales, diferentes incluso por edad, a estudiar, a dormir, a comer y a jugar en un único edificio, con un horario único, bajo un mismo reglamento» (80). Pío XII nos ofrece la regla fundamental que debe seguirse en la clasificación de los jóvenes: «Se trata ciertamente de obviar ese inconveniente mediante la división en grupos homogéneos y en número tal que no supere las posibilidades de quienes les asisten de seguir paternalmente a cada individuo... Es preciso que cada uno se sienta objeto de especial atención por parte del educador y que nunca tenga la impresión de ser confundido y olvidado entre la masa; descuidado en sus peculiares necesidades, en sus exigencias y en sus debilidades, como si sólo constase su presencia física» (81).

Después de esta elemental norma deberán seguir todos los adelantos de la pedagogía actual, comenzando por los mismos factores materiales, «como el mobiliario, la iluminación, los tipos de libros, la composición de las imágenes y de los sonidos, hasta llegar a las condiciones intelectuales propiamente dichas, como los centros de interés, variantes según las circunstancias locales y las edades, y las asociaciones de la memoria, que una apropiada educación favorece» (82).

La moderación es otra de las virtudes que debe brillar en la educación colegial: «sentido de discreción al determinar la duración del estudio y del recreo, la distribución de premios y castigos, la concesión de libertad y la exigencia de disciplina» (83).

Y en el capítulo de la moderación no podemos menos de añadir, con Pío XII, a la formación religiosa del Colegio. No se trata precisamente de insistir en su necesidad, sino más bien de señalar la conveniencia de una sabia distribución y orientación en las prácticas de piedad. Se trata, ante todo, de evitar en este terreno la uniformidad ya señalada, la uniformidad que «impone un nivel espiritual, que para unos será demasiado bajo y para otros, en cambio, inalcanzable» (84). Se trata asimismo de infundir en los ejercicios piadosos una recta medida, sin la cual provocan en los jóvenes el tedio y la antipatía hacia

(80) *Ib.*

(81) *Ib.*

(82) *A 50.000 estudiantes de Enseñanza Media de Roma*, 24 de marzo de 1957; «*Ecclesia*» n.º 821 (6 de abril de 1957), p. 388.

(83) *Al Instituto Nacional Masculino de Roma*, l. c.

(84) *Ib.*

todo lo religioso. Es familiar la escena de las filas y filas de alumnos, alineados en los bancos de la capilla del Colegio, enlazando oración tras oración interminablemente, obligados a escuchar, como expresión de sus sentimientos, fórmulas y fórmulas estereotipadas, totalmente inadecuadas para su mentalidad. ¿Cuál se espera sea la consecuencia lógica de esta educación cuando los jóvenes se encuentren en libertad? ¿Qué huella se pretende que haya dejado en su espíritu semejante «formación religiosa»? Es el mismo Pontífice quien nos da la respuesta: «Se ha visto a alumnos de Colegios, incluso católicos, en los que no se ha tenido en cuenta la moderación, sino que se ha querido imponer un tenor de prácticas religiosas, quizá ni siquiera proporcionadas para los seminaristas, descuidar, al volver al seno de la familia, los deberes más elementales del cristiano, como la asistencia dominical a la Santa Misa. Se debe ciertamente ayudar y exhortar al joven a orar, pero siempre en medida tal que la oración sea una dulce necesidad del alma» (85).

El Papa desea en los educadores suavidad en los métodos. La fuerza es el argumento de quien carece de razones para justificar sus mandatos. Por lo mismo «ha de evitarse toda orden que no dé o no suponga cierta razonable justificación, la reprensión que entrañe un personal rencor, el castigo exclusivamente vindicativo. La suavidad sólo en última instancia ha de ser abandonada por poco tiempo y en casos singulares» (86). Pio XII rechaza las prácticas de correccional, especialmente dañinas cuando son aplicadas habitualmente por maestros a quienes su carácter sacerdotal debería mover a una mayor paciencia, amor y benevolencia. Todo ello sin contar con que en el espíritu del alumno, injustamente herido física y moralmente, no se puede pretender una clara distinción entre la persona concreta y el sacerdocio que lleva sobre sí, de donde su natural rencor se vuelve indistintamente sobre ambas realidades, con fatales consecuencias para la futura orientación religiosa.

Pero todas estas virtudes y esfuerzos serían inútiles si chocasen con una mala disposición en los alumnos. Por parte de éstos se requiere también una serie de cualidades, de virtudes humanas y sobrenaturales.

Virtudes humanas elementales. Ante todo, el aspirar a una alta meta: «¿Qué sería de una nación cuya juventud, en número sufi-

(85) Ib.

(86) Ib.

ciente, no se atreviese a aspirar a grandes y egregias cosas?... Quiéramos por ello exhortaros a abrir vuestros espíritus a grandes deseos y, dentro de la justa estimación de vuestras fuerzas, a fijaros atrevidas metas» (87).

Para la consecución de este ideal se exige el esfuerzo y la cooperación de la propia voluntad en la labor de formación. Una colaboración con el profesorado en la común tarea de engendrar una nueva juventud. Son precisas la confianza y la docilidad ante los educadores, procurando vencer «el creciente sentido de vuestra edad, que os impelirá a menudo a poner en duda este o aquel mandato, en tanto que las sugerencias de aquellos a quienes en realidad interesa poco vuestro futuro os instigarán no raramente a rechazar la mano de quien os guía» (88).

La generosidad, virtud propia de la juventud, debe informar todo este movimiento. Ella será quien venza las dificultades de cada día, merced a «la abundancia de energías físicas, la entereza de las facultades espirituales, el vigor en los impulsos» (89).

Todas estas virtudes generales deben concretarse en la vida de estudio diaria. Un estudio serio, ordenado y profundo que mire hacia el futuro, a construir para el mañana, rechazando los procedimientos memorísticos, que proporcionan un triunfo pasajero, dejando el espíritu vacío de una auténtica formación. Y no deja de ser interesante a este respecto la velada acusación que, en presencia de los propios alumnos, dirigió Pío XII a los mantenedores de métodos anticuados: «Es necesario, por tanto, evitar obligaros a un esfuerzo casi sobrehumano y a recorrer afanosamente todo aquello que la ciencia ha puesto sobre las cátedras y pretende llevar a los bancos de los alumnos. Esto es tanto más verdadero cuanto que se trata de superfluos conocimientos puramente memorísticos, que son muy diferentes del estudio serio y gozoso, de la verdadera y profunda formación cultural, procedimientos que ponen a la escuela en riesgo de transformarse en un drama que entristece a los padres e irrita a los alumnos» (90).

El hombre de hoy necesita un conocimiento en síntesis y en profundidad, en unidad orgánica, para lo cual es indispensable la posesión de la filosofía, especialmente de aquella «que en el curso de los

(87) Ib., p. 430.

(88) Ib.

(89) Ib.

(90) *A 50.000 estudiantes de Enseñanza Media de Roma*, t. c.

siglos elaboraron supremos ingenios y que nada ha perdido de su valor objetivo y de su eficacia didáctica» (91).

Por encima de este complejo de cualidades humanas alza, como siempre, Pío XII la espléndida perspectiva de lo sobrenatural, que brota de una instrucción religiosa profunda. Es preciso rechazar todos los abusos que en este campo pudieran darse, tanto por parte del *dómine* excesivamente exigente, como por parte de «profesores de otras materias, que tal vez no escatiman puyas e insinuaciones» (92).

Debe ser propia de todo cristiano, pero especialmente de los dedicados al estudio, una construcción religiosa orgánica. Es la condición indispensable para la custodia de la fe y para la consecución del hombre del mañana. «Sería, en efecto, peligroso el desarrollo de todos los demás conocimientos dejando anquilosado el patrimonio religioso, como en los tiempos de la primera infancia. Tal conocimiento... sería sofocado por la cultura arreligiosa y por las experiencias de la vida adulta, como atestiguan tantas creencias hechas naufragar por las dudas que quedaron en la sombra, por los problemas que quedaron sin resolver» (93).

Es preciso indicar por último la frecuencia con que Pío XII recuerda que «ciertamente el ambiente familiar, como nido ofrecido por la naturaleza, cuando está completado por la Iglesia e integrado por la escuela es el más apropiado para asegurar una buena e incluso perfecta educación» (94). La labor del Colegio es de suplencia y colaboración. Suplencia, porque en la inmensa mayoría de los casos la familia, por razones de trabajo, no puede atender convenientemente a esta misión. Colaboración, porque en el Colegio han de encontrar los padres una ayuda y una orientación en aquellas funciones docentes que son intransferibles.

Es, por desgracia, muy frecuente la mentalidad de tantos padres católicos que, por el mero hecho de pagar una cuota mensual a un centro docente, creen verse libres de sus obligaciones en orden a la formación de sus hijos. Pura ilusión, porque «la familia, confiando al hijo al Colegio, no renuncia a sus propios derechos ni queda exenta de sus propias responsabilidades. Le corresponde afianzar, sostener,

(91) *Ib.*, 389.

(92) *Ib.*, p. 388.

(93) *Ib.*, p. 389.

(94) *Al Instituto Nacional Masculino de Roma*, l. c., p. 478.

continuar la obra de los educadores» (95). Hay aspectos que al maestro no le es fácil ni conveniente tratar, que exigen la intimidad del hogar para ser resueltos. Es el caso típico de la iniciación sexual. «Las revelaciones sobre las misteriosas y admirables leyes de la vida, recibidas de vuestros labios de padres cristianos, con la debida proporción y con todas las cautelas obligadas, serán escuchadas con una reverencia mezclada de gratitud e iluminarán sus almas con mucho menor peligro que si las aprendiesen al azar, en turbias reuniones, en conversaciones clandestinas, en la escuela de compañeros poco de fiar y ya demasiado versados» (96).

Si en los padres falta totalmente esta conciencia de sus obligaciones, serán los mismos maestros, religiosos o seculares, los encargados de reavivarla. «¿Por qué razón tantos esfuerzos de los profesores, tantas horas y tantos años de constante energía dan a veces tan escasos frutos, si no es precisamente porque la familia, con su falta de acción educativa, sus errores pedagógicos, sus malos ejemplos, destruye día a día lo que el profesor se esfuerza precisamente en construir? ¿No tiene, pues, nada que decir a la familia? ¿No tiene nada que hacer para iluminarla, ayudarla, hacerla consciente de la complejidad y de la amplitud de su misión, inculcarle rectos conocimientos pedagógicos, corregir sus errores y estimular su celo?» (97).

La pregunta de Pío XII queda flotando en el ambiente esperando quien sepa recogerla y penetrar su hondo significado. Es lástima que la reacción de no pocos centros de enseñanza sea totalmente equivocada: la familia no cumple con su obligación, luego es preciso aislar al alumno de ella. Y surgen los internados... o los externados en que un horario excesivamente lleno priva al niño, incluso en los días festivos, del contacto con la vida familiar, con sus padres y hermanos. Se olvida con demasiada frecuencia que entre las muchas desventajas de este modo de proceder se encuentra un progresivo desapego del joven a la vida del hogar, «al crecer los adolescentes comienzan a emanciparse de los padres y ocurre a menudo que ellos oponen el profesor al padre, la escuela a la casa» (98). Se actúa en muchos centros de enseñanza como si la tarea fundamental del hombre que este joven será el día de mañana no se fuera a desarrollar en medio de

(95) *Ib.*, p. 481.

(96) *A las señoras de Acción Católica*, l. c., p. 247.

(97) *Al III Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*, 4 de enero de 1954; «*Ecclesia*» n.º 653 (16 de enero de 1954), p. 64.

(98) *Ib.*

las vicisitudes y problemas de su familia y de su sociedad y no dentro de los claustros del Colegio. Olvidan que el hijo es de los padres y «éstos escogen al profesor para preparar al adolescente a vivir en la ciudad y en la Iglesia su vida de adulto» (99).

c) *Educación popular*.—Una gran masa del pueblo permanece, por regla general, al margen de los estudios medios y universitarios. El trabajador y el pequeño empleado entran en la vida de trabajo con una educación elemental. La creciente participación del ciudadano en la vida pública, incluso por medio del sufragio universal que le permite influir directamente en el gobierno de la nación, lleva como lógica consecuencia una preocupación más intensa por el aumento de la formación en las masas populares.

Pero no es únicamente esta circunstancia la que ha motivado la creación de centros docentes para trabajadores. En ello han influido de una manera definitiva las modernas reformas sociales, que permiten al obrero disfrutar de un mayor desahogo y satisfacer sus deseos de completar una formación a todas luces insuficiente para afrontar los diversos problemas de la vida familiar, social y profesional.

Es este un aspecto de la educación que Pío XII tampoco ha descuidado. Según el pensamiento del Papa, la enseñanza en las escuelas populares debe tender a «repasar y afianzar conocimientos ya olvidados, completarlos, ponerlos al día, aprender asimismo de aquellos que están mejor informados de qué recursos disponen y cómo pueden ser éstos utilizados con mayor provecho. He aquí las necesidades que la educación popular procura remediar» (100).

La familia, célula del conjunto social, debe constituir la primera meta de la enseñanza entre la masa obrera. El trabajador no es, ante todo, un productor en la fábrica o un elector en las urnas, sino un ser humano, deseoso de afecto, que desea transmitir a otros su vida más íntima y el producto de su trabajo. Su arte supremo es el gobierno de la familia y a él debe subordinarlo todo. Hoy día se lanzan alegremente al matrimonio, sin prever sus posibilidades físicas, económicas y espirituales. «La educación popular debe ayudarles e iluminarles por lo que respecta a las exigencias y a los escollos de la vida conyugal y de la fundación de un hogar» (101). Los padres deberán

(99) *Ib.*

(100) *A los alumnos y profesores de las Escuelas Populares*, 19 de marzo de 1953; «Ecclesia» n.º 611 (28 de marzo de 1953), p. 341.

(101) *Ib.*

aprender por medio de ella los distintos medios de que pueden disponer para realizar su misión de apoyo económico y espiritual de la familia. Las madres deberán prepararse en las nociones elementales de economía doméstica, puericultura y pedagogía.

En las relaciones sociales y políticas, las masas ignorantes quedan con frecuencia sometidas al agitador más hábil o menos escrupuloso. El derecho al voto proporciona a todos una idéntica posibilidad de actuar en la vida pública y, por lo mismo, supone una noción elemental de los principios políticos y de sus aplicaciones en el campo nacional e internacional. Lo mismo debe decirse de las relaciones sociales: la escuela popular deberá exponer la enseñanza de la Iglesia en esta materia, valiéndose para ello de los acontecimientos cotidianos, a fin de enseñar a discernir lo verdadero de lo falso, despertando un sentido de los hechos colectivos en conformidad con una concepción cristiana de la vida.

Es conveniente, por último, en el campo profesional, completar la formación casi exclusivamente empírica de un gran número de obreros. En este aspecto es labor de la educación popular «satisfacer a cuantos desean suplir la falta total o parcial de aprendizaje; facilitar la elección de un oficio más en conformidad con sus aptitudes y sus gustos; procurarle un apoyo para el día en que la desocupación toca su actividad principal» (102); pero, sobre todo, dar un sentido más humano al trabajo puramente mecánico del obrero manual. Mostrarle que no es un tornillo más en el inmenso mecanismo del mundo fabril, sino un ser humano que domina la materia inerte, cooperando junto con sus hermanos en la común tarea que el Señor nos encomendó: «Creced, multiplicaos, dominad la tierra» (Gen. 1, 28).

Todo este conjunto de conocimientos indispensables y aun el resto de las actividades culturales y benéficas no estrictamente necesarias, en las que el trabajador desarrolla plenamente sus cualidades humanas, deben ir selladas por un sentido cristiano de la vida. La moderna civilización industrial se orienta hacia un concepto materialista de la existencia. Es misión de la enseñanza popular establecer de nuevo las cosas en su auténtico sentido, conectando al obrero con el tesoro contenido en la tradición viviente de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras, haciéndole penetrar en una liturgia seria y viril, poniendo ante sus ojos el papel que está llamado a desempeñar en el futuro mundo iluminado por la esperanza cristiana.

(102) *Ib.*, p. 342.

d) *Pío XII ante la Universidad*.—«La dirección de la sociedad de mañana está puesta principalmente en la mente y en el corazón de los universitarios de hoy» (103). ¿Cuál no será la importancia de la Universidad en el nuevo orden cristiano que es preciso establecer? No solamente los grandes investigadores y profesionales de todas las técnicas y ramas del saber, sino los grandes conductores de pueblos, todos aquellos que, para bien o para mal, han realizado una profunda labor en el orden político y social desde hace varios siglos, recibieron en la Universidad su formación definitiva. Las ideas mueven al mundo y el mundo del intelectual tiene su patria y su centro en la Universidad. Es preciso recrear el universitario católico, si se pretende alumbrar una nueva sociedad.

¿Qué debe ser este universitario católico? La concepción que de él tiene Pío XII es predominantemente profesionalista. Los servidores del «Deus scientiarum Dominus» deben ser, en lo posible, «los mejores estudiantes, los mejores profesores, los mejores juristas, literatos, médicos, ingenieros, naturalistas, fisiólogos, investigadores de la materia y del espíritu, de la verdad y del bien individual y social» (104). El universitario está al servicio de la sociedad como lo están el cerebro y la inteligencia respecto del todo humano, a pesar de su elevación. Y la sociedad, lo que ante todo exige de ellos, más que la cultura vasta pero superficial, es el fruto de un largo estudio y observación, «la facultad de dominar los problemas más complicados y más delicados... el espíritu científico: la posibilidad de saber por sí mismos, sin limitarse a recibir de otros la ciencia ya hecha» (105)

Conviene, sin embargo, no desvirtuar el término *profesional*. Profesional es el dominador de los «problemas de la vida activa, graves, complejos, con datos múltiples y variados, que no pueden ser afrontados y resueltos sino por un espíritu de cultura superior» (106). Y esto es algo muy distinto al mero poseedor de una serie de fórmulas infalibles, que pueden aplicarse a todos los problemas que rozan con su competencia.

No es fácil ni cómoda la misión del universitario en nuestros días. El ambiente no contribuye al mantenimiento de ese espíritu de *élite*

(103) *A los profesores y estudiantes de la Universidad de Roma*, 15 de junio de 1952; «Ecclesia» n.º 572 (28 de junio de 1952), p. 745.

(104) *A la juventud universitaria y a los laureados de Acción Católica*, 20 de abril de 1941; D y R, tomo III, p. 59.

(105) *Ib.*, p. 53.

(106) *Ib.*

intelectual que le es indispensable para tomar conciencia de sus responsabilidades. Pero cuando se trata de realizar la misión del universitario en católico, las dificultades se multiplican, porque en el fondo de todo su desarrollo late el agudo problema de la ciencia y la religión. Dos vías de saber que brotan de una misma fuente y que llevan el mismo camino, pero que, a lo largo de él, se cruzan, divergen, parecen luchar y sobreponerse, llenando de inquietud el espíritu que quiere seguir a la vez el curso de ambas.

En la posición del universitario católico con respecto a su religión es preciso distinguir dos aspectos o, por mejor decir, dos etapas: la superación de la crisis y la actuación positiva en el ambiente.

Cuando Pío XII analiza la tradicional crisis religiosa del joven estudiante que penetra en un centro universitario, la sitúa, sin despreciar los otros factores le tipo moral, en la desproporción que prontamente se establece entre la formación científica y la formación religiosa: «Si al avanzar paso a paso en las ciencias profanas no hicierais análogos avances en los conocimientos religiosos y en la vida del espíritu, ¿podría maravillaros el quedar sujetos a crisis semejantes? Sed conscientes de esta responsabilidad vuestra de perfeccionar cada vez más la comprensión intelectual de vuestra fe y de esforzaros por vivir según las normas de las grandes virtudes cristianas» (107). Pero no basta una fe en sentido estricto; el Papa busca una fe operante: «Crear es ciertamente, antes que nada, admitir y penetrar en cuanto es posible las verdades reveladas por Jesucristo, pero también deducir las consecuencias que suponen para la vida moral. Si alguien creyese suficiente para su vida religiosa dedicar al culto de Dios la pequeña media hora de la misa dominical, ¿cómo podrá esperar que evitará la mengua y sequedad de su vida religiosa?» (108).

Superada la crisis fundamental, el universitario debe proceder a una actividad apostólica dentro del ambiente intelectual. En este sentido su labor es la de ser puente entre dos mundos disociados y antagónicos: el de la ciencia y el de la religión. Una tarea para la que se precisa un gran espíritu de fe y una profunda formación en los dos campos que se desea vincular. Pío XII exhorta al intelectual católico a realizar de nuevo la hazaña de los Padres de la Iglesia ante la cultura greco-romana, la empresa de un Justino y de un Orígenes, la de un San Agustín y un Santo Tomás.

(107) *A los profesores y estudiantes de la Universidad de Roma*, I. c.

(108) *Ib.*

La formación universitaria requiere calma y seguridad, tranquilidad de espíritu. Factores todos ellos indispensables para un ambiente de estudio profundo. A la juventud universitaria de los últimos años estas circunstancias le han faltado con frecuencia. «Una viva conmoción—decía Pío XII a los universitarios italianos en 1946—nos oprime el corazón, amados hijos, cuando pensamos lo que habría debido ser y lo que en realidad ha sido, al menos para muchos, vuestra vida de estudiantes universitarios hasta el día de hoy. Ciertamente que habríamos deseado que hubiese sido intensa, pero no agitada y angustiosa... Os ha tocado saborear las amargas de una guerra brutal, de la dura miseria, de las discordias políticas» (109). Sí, el estudiante de la Universidad necesita un ambiente propicio, mas también precisa un contacto continuo con la dura realidad, un contacto que le preserve de crecer en medio de la blandura y la comodidad. Sus ideales científicos y profesionales han de actuarse mediante un estudio asiduo y metódico que exige «disciplina deseada más que impuesta, austeridad de vida, recogimiento constante, pureza de costumbres, que es el más seguro apoyo para un avance real en el saber» (110).

El universitario debe meditar diariamente en la grandeza de la misión que le fué encomendada. Pío XII gustaba de recordársela con frecuencia «no para que, lisonjeados, os apartéis del pueblo como si fuerais una casta privilegiada, sino para que penetréis las graves responsabilidades sociales que desde ahora debéis afrontar con preparación adecuada» (111). En orden al desempeño de estas responsabilidades sociales es sumamente provechoso al universitario conocer por propia experiencia el vivir diario de otros estratos de la sociedad. «Los tiempos de guerra y de la postguerra han acercado al trabajador intelectual y al trabajador manual—reconoce Pío XII—. Aún entre vosotros hay trabajadores estudiantes: ¡haced de la necesidad un ideal! Más tarde perteneceréis a las clases dirigentes. Sólo provechoso puede ser para vosotros el haber vivido las condiciones de vida de aquellos que habéis de dirigir» (112).

Por último el universitario sale de las aulas al campo profesional. Ha llegado el momento de que el universitario católico dé el máximo

(109) *A los universitarios católicos italianos*, 6 de enero de 1946; «Ecclesia» n.º 236 (19 de enero de 1946), p. 62.

(110) *A los profesores y estudiantes de la Universidad de Roma*, l. c.

(111) *Ib.*

(112) *A un grupo de estudiantes universitarios de Munich*, 2 de enero de 1951; «Ecclesia» n.º 496 (13 de enero de 1951), p. 36.

en todo: en ciencia, en fe y en gracia. Llega la hora del trabajo animoso y alegre, con humildad y caridad, porque el apóstol de la verdad, de la única verdad que es fuerte y hace fuertes, enseña «no el orgullo, que es dbil, que hincha y no edifica, que es quimera que parece realidad, sino el sentimiento del deber, el dominio de sí mismo, el valor y el heroísmo en los riesgos y en los peligros» (113).

De la mano de Pío XII hemos llegado al término de la formación del hombre. El período de la educación se ha cerrado. Llega el momento de entregar todo aquello que se ha ido acumulando en los años de formación. El profesional católico, enseñado conforme a las directrices del Papa Pacelli, debe ser consecuente con los principios que se le infundieron en el curso de todo este tiempo. Padres, maestros, catedráticos, vidas enteras consagradas a la educación se volcaron sobre él para constituirle en ciudadano de un mundo renovado. La tarea de este hombre, iluminado por el Verbo, es mostrar al mundo que «el estudio y la ciencia son capaces de cimentar y confirmar por todas partes la fe en Dios y su revelación. Y ésta es su función natural: demostrar con su palabra y su vida que el saber lleva a la fe viva» (114).

LA FORMACION DEL CLERO

La educación de sacerdotes y religiosos merece un capítulo especial, tanto por sus propios caracteres diferenciales como por el lugar destacado que ocupa dentro del pensamiento de Pío XII en torno a la formación de la juventud.

En efecto, la formación del clero preocupó hondamente a este Papa y a ella dedicó no solamente un sinnúmero de mensajes y alocuciones, sino también documentos más solemnes, como la exhortación apostólica *Menti nostrae* (115) y la constitución *Sedes Sapientiae* (116), aparte de otras extensas referencias en encíclicas de carácter más general, como *Humani generis* y *Mediator Dei*.

(113) *A la juventud universitaria y a los laureados de Acción Católica*, l. c., p. 61.

(114) *A un grupo de estudiantes universitarios de Munich*, l. c.

(115) Exhortación apostólica *Menti Nostrae*, sobre la santidad de la vida sacerdotal, 23 de septiembre de 1950; A. A. S., a. 42, 1950, p. 656 y ss.; «Encíclicas y documentos pontificios», l. c., p. 808-837.

(116) Constitución Apostólica *Sedes Sapientiae*, sobre la formación de los religiosos jóvenes, 31 de mayo de 1956; A. A. S., a. 48, 1956, pp. 354-365; «Ecclesia» n.º 788 (16 de agosto de 1956), pp. 145-149.

Todo ello contribuye a que en este punto podamos disponer de una doctrina perfectamente elaborada y ordenada por el mismo Papa. Lo que, como vimos, no sucedía con respecto a la formación de los jóvenes seculares.

Pero es que, además, la educación del sacerdote presenta problemas especialísimos que exigen un proceso distinto y en ocasiones opuesto al del seglar. Está llamado el sacerdote a desempeñar una labor sin igual en la sociedad: es el portador de Cristo, el instrumento por el que el Señor actúa sobre las almas. Su posición ante el mundo, en el que vive sin pertenecerle, es singular. Su actuación ante los hombres, para quien es un *sellado*, requiere una postura espiritual, una línea de conducta, un conjunto de virtudes humanas y sobrenaturales como no se exigen al laico cristiano.

Su preparación para el sacerdocio es la preparación de *otro Cristo*. Es la preparación del «que no se pertenece, como no pertenece ya a los padres, amigos, ni siquiera a una determinada patria: la caridad universal será su respiración» (117).

No es éste el lugar de exponer extensamente la espiritualidad sacerdotal diseñada por Pío XII en sus varios documentos. Nuestra finalidad es más limitada: exponer las normas prácticas y los métodos de educación de las vocaciones. Sin embargo conviene dejar bien asentados al menos dos de los principios fundamentales que para el Papa deben consolidar toda la vida del sacerdote: santidad de vida, compendiada en la diaria inmolación con Cristo en el altar, y santidad de ministerio, implícitamente contenida en la anterior, porque la inmolación sacerdotal de Cristo es inmolación por las almas.

a) *Formación del alma sacerdotal*.—Pío XII desea que la educación del Seminario, la preparación para el sacerdocio tenga como meta suprema el formar un alma sacerdotal. Para él «se es sacerdote si se forma un alma sacerdotal empeñando incesantemente todas las facultades y energías espirituales en conformar la propia alma con el modelo del eterno y sumo sacerdote, Cristo. A esta espiritual metamorfosis, cuyas dificultades no se ocultan, pero cuyas íntimas delicias tampoco se silencian, debe encaminarse la obra educadora de los Seminarios» (118).

(117) *Discurso póstumo al Seminario regional italiano de Apulia*, L'Osservatore Romano, 17 de octubre de 1958; «Ecclesia» n.º 902 (25 de octubre de 1958), p. 481.

(118) *Ib.*

El *alma sacerdotal* está integrada por una serie de cualidades sobrenaturales entre las que la caridad ocupa el primer lugar, aun cuando su fundamento esté constituido por una humildad profunda. El primer sacerdote de la Iglesia nos recuerda que «si bien consideramos la tal excelsa dignidad a la que por el bautismo y por la sagrada ordenación fuimos llamados, y si reconocemos nuestra propia miseria espiritual, necesario es que meditemos aquella divina sentencia de Jesucristo: Sin mí nada podéis hacer» (119). No debe confiar el sacerdote en sus propias fuerzas. Debe ser el servidor de todos. Al igual que San Pablo, no ha de gloriarse sino en sus debilidades (II Cor. 12, 5). De estas dos virtudes brota todo el complejo conjunto de cualidades que deben adornar el alma sacerdotal: obediencia al superior, castidad, desprendimiento, práctica diaria de la oración... Hasta llegar a convertir al joven que un día llamó a las puertas del Seminario en el auténtico *homo Dei* de San Pablo, el ministro del Señor que «no sólo Dios y la Iglesia, sino también los fieles laicos, a veces los más tibios, quieren ver en el sacerdote» (120).

b) *El Seminario*.—Pío XII nos traza la imagen del Seminario modelo. Su perfección depende de múltiples factores y, aunque sin duda en la realización de todos ellos tiene parte importantísima la generosa colaboración del seminarista, es evidente que, ante todo, la responsabilidad suprema recae sobre los educadores. Ellos son los forjadores del ambiente general en que ha de desarrollarse la semilla de la vocación y de ellos asimismo se espera la insistencia en el fomento de las virtudes imprescindibles al futuro sacerdote.

¿Qué pide Pío XII a los formadores? Ante todo un ambiente sacerdotal. Y ambiente sacerdotal es aquel en el que la disciplina, la observancia de las reglas de conducta, la mutua corrección y caridad, el estudio, los trabajos de cada día nacen de la persuasión iluminada, íntima y firme de la excelsa dignidad del sacerdocio, ante la cual es justo sacrificar los más altos valores. «Esa muda dirección en la vida avalora el más pequeño acto en la jornada del seminarista, le hace aceptar todo precepto, bendecir toda renuncia, agradecer la fatiga del estudio y el peso de la disciplina» (121). No es extraño. ¿Cómo no esperar que rechace la observancia mecánica en los Seminarios un Papa

(119) *Menti Nostrae*, l. c., p. 811.

(120) *Discurso póstumo al Seminario regional italiano de Apulia*, l. c.

(121) *Ib.*

que la ha declarado deformante en los mismos centros seculares de segunda enseñanza? Pío XII quiere espíritu, no disciplina material; sabe perfectamente que «la observancia puramente exterior y casi mecánica de las normas establecidas... no es prueba y garantía de la consecución del fin esencial, el cual consiste en la sólida formación de la conciencia sacerdotal y en el enderezamiento de todas las facultades personales a la vida del perfecto ministro de Dios» (122).

Firmemente grabado en su espíritu el requisito previo de la autenticidad ambiental, el educador debe pasar a la acción directa sobre el seminarista. Ante todo, se impone un criterio de selección. No nos llamemos a engaño; Pío XII, que en la exhortación *Menti nostrae* lamenta la escasez actual de sacerdotes, cuyo número «es plenamente insuficiente para las necesidades crecientes» (123), el mismo Pío XII es quien, en la misma exhortación y casi a renglón seguido pide una selección de candidatos vigilante y discreta, realizada con celo y prudencia, examinando siempre con suma diligencia a cada uno de los aspirantes al sacerdocio para ver con qué intenciones y por qué causas ha tomado esta resolución.

Las vocaciones seleccionadas han de ser seguidamente cultivadas en un ambiente de humanidad y de sinceridad. El seminarista sigue siendo niño o joven, y ya que las necesidades de la formación le separan de la vida familiar, será preciso que el Seminario supla en lo posible ese ambiente natural de la familia, procurando que «la vida que esos jóvenes lleven en el Seminario corresponda en cuanto sea posible a la vida normal de su edad» (124). Seminarios amplios, aunque no lujosos, necesidades cubiertas, sin suntuosidad ni refinamientos, son condiciones indispensables para la creación del hombre normal en el que se está desarrollando la gracia de la elección.

Cuando el seminarista toma conciencia de que sobre él no se blande látigo alguno, comienza a plantearse la cuestión de la propia responsabilidad, que es el fruto de una sabia libertad de ambiente. Cultivado este sentido de responsabilidad por el educador con una elemental prudencia, es conveniente formar el juicio del alumno, informándole de los acontecimientos del día, discutiendo con él sobre ellos para acostumbrarle a valorarlos en su auténtica dimensión.

(122) Ib.

(123) *Menti Nostrae*, l. c., p. 824.

(124) Ib., p. 826.

Poco a poco esta información del exterior debe ir evolucionando hacia un mayor contacto con el pueblo, para que cuando el futuro sacerdote, «recibidas las sagradas órdenes, inicia su ministerio, no se sienta desorientado; lo cual no sólo perturbaría gravemente su espíritu, sino que también disminuiría la eficacia de sus actividades sacerdotales» (125).

En este ambiente va desarrollando el joven sus virtudes humanas y sobrenaturales con la libertad de los hijos de Dios. Pío XII rechaza oficialmente los sistemas pedagógicos basados en mirillas, celosías y puestos de vigilancia, que han pasado a la historia como incapaces de crear el sentido del deber en quienes el día de mañana han de guiarse en muchas ocasiones sin más consejero que la propia conciencia.

«No se es sacerdote perfecto si no se es, en cierto modo, hombre perfecto» (126). Axioma que Pío XII, prácticamente a las puertas de la muerte, presentaba a nuestra consideración en el que se ha llamado su «testamento sacerdotal». Sí, el pueblo cristiano desea ver en el sacerdote a un hombre superior; pero para constituir este *perfectus homo Dei* no bastan las cualidades humanas morales, los fieles no piden solamente el sacerdote ordenado, generoso, pronto al perdón, amigo de la concordia y enemigo del elogio; desean también al ministro culto, inteligente, equilibrado en sus juicios, seguro y tranquilo en su actuación.

¿Cuál ha de ser la cultura del sacerdote? Pío XII la define tajantemente; literaria y científica, filosófica y teológica. Una cultura literaria y científica que permita al sacerdote cubrir el riesgo de un lamentable complejo de inferioridad con respecto a los estratos cultivados del mundo secular. «Así parece que lo exige el mundo moderno, donde es cada vez mayor la difusión del estudio y de la cultura, y donde con facilidad en el día de hoy, además del nivel medio superior, no será raro encontrar verdaderas minorías selectas que exigen de los pastores y guías una preparación que acaso en los decenios precedentes no parecía tan indispensable» (127). La posesión de esta cultura permitirá al seminarista dejar la casa de formación cuando comprenda claramente que el Señor no le llama por tal camino, sin que para ello

(125) *Ib.*, p. 827.

(126) *Discurso póstumo al Seminario regional italiano de Apulia*, l. c., p. 481.

(127) *Al Convicto Sacerdotal de la diócesis de Barcelona*, 15 de junio de 1957; «Ecclesia» n.º 832 (22 de junio de 1957), p. 702.

experimente el temor de enfrentarse con el mundo desprovisto de la necesaria preparación para abrirse paso en él.

Pero las dos grandes ciencias del sacerdote son la filosofía y la teología, las dos elementales armas para la defensa y difusión de la fe e incluso las fuentes más puras, junto con la divina revelación, para alimentar el espíritu, refrenar las pasiones y mantener el alma unida a Dios.

En ambas ramas del saber «la Iglesia exige que los futuros sacerdotes sean instruidos en las disciplinas según el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico, pues por la experiencia sabemos ya bien que el método del Aquinatense se distingue por una singular excelencia, tanto para formar a los alumnos como para investigar la verdad y que, además, su doctrina está en armonía con la divina revelación y es muy eficaz así para salvaguardar los fundamentos de la fe como para recoger útil y seguramente los frutos de un sano progreso» (128). Repetidas veces ha insistido Pío XII en la adhesión firme a la viva tradición intelectual de la Iglesia, acogiendo, si no con desconfianza, sí con prudencia, toda novedad estridente o escasamente fundamentada.

En medio de los altibajos del pensamiento contemporáneo, que pasa del racionalismo más sectario al vitalismo arracional, que desconfía totalmente de las estructuras intelectuales, Pío XII presenta siempre como ideal el sano equilibrio tomista, en el que tienen cabida los más nobles esfuerzos de la razón al servicio de la verdad revelada y el más profundo sentido del misterio.

Las virtudes sobrenaturales deben dar cúmulo a todo el conjunto, constituyendo una vida interior plenamente vivida, sin la cual todo lo anterior carece de sentido, máxime en nuestros días, cuando «el ritmo febril del dinamismo moderno, que impide al alma interrogarse y escucharse» (129) ha de poner al sacerdote en medio de las pruebas más arduas.

c) *Los religiosos*.—Al llegar a este punto de la formación del seminarista conviene considerar brevemente el otro gran sector del mundo presacerdotal: el de los jóvenes religiosos, que actualmente se forman en Noviciados y centros de estudio. ¿Tendrán aplicación

(128) Carta encíclica *Humani Generis*, 12 de agosto de 1950; «Encíclicas y documentos pontificios», l. c., p. 846.

(129) *Discurso póstumo al Seminario regional italiano de Apulia*, l. c.

para ellos estas normas? En algunos espíritus se planteó el problema. La solución nos la ofreció el mismo Pío XII en su constitución apostólica *Sedes Sapientiae*. En ella vemos, adaptadas a las peculiaridades de la vida conventual, repetidas las directrices ya indicadas en la *Menti nostrae*: cuidado en la selección, delicadeza en el cultivo de las vocaciones, amplitud en una formación integral plena que abarque el hombre entero. Desea el Papa que la educación del religioso no descuide la honestidad natural y el humanismo cultivado: fortaleza física, urbanidad, afabilidad en el trato, formación literaria y científica. Y en este último punto cuida de precisar (Estatutos núm. 43) no solamente su deseo de que la formación humana de los alumnos no desmerezca de la de los laicos que siguen los mismos estudios, sino también que esta formación se realice conforme a las disposiciones de la ley civil y obteniendo los oportunos certificados que acrediten la superación de los exámenes y la competencia adquirida.

El conocimiento teológico y filosófico debe ocupar, si cabe, un lugar mayor aún en la vida del religioso que en la del sacerdote secular, por lo mismo que en la vida de aquél la contemplación posee una importancia excepcional. Todo ello dominado por una vida interior constantemente alimentada por los recursos sobrenaturales: sacramentos, oración, mortificación...

d) *Sacerdos pro hominibus*.—Tanto el clero secular como la inmensa mayoría del regular tiene una labor que realizar entre los hombres. Aparte del influjo fundamental que sobre ellos realizan mediante la oración, es preciso una acción directa: el apostolado.

La formación sacerdotal ha de ser eminentemente apostólica. Ello requiere no solamente un conocimiento profundo de los problemas actuales—cosa muy distinta del afán de novedades—sino también un adiestramiento en los modernos medios de apostolado. Siempre bajo la dirección de la jerarquía y de los superiores regulares, el joven que en el futuro será sacerdote *pro hominibus* ha de convencerse de la urgente necesidad de «adaptarse a las realidades de la vida moderna y de que las iniciativas actuales deben corresponder a las exigencias de nuestro tiempo» (130). Un año antes de su muerte Pío XII hablaba al clero de la necesidad de una más intensa intervención en los

(130) *Menti Nostrae*, l. c., p. 833.

campos del cine, radio y televisión, recogiendo la exhortación dirigida anteriormente a la 'Semana de Adaptación Pastoral de Italia': «El sacerdote que tiene cura de almas puede y debe saber lo que afirman la ciencia, el arte y la técnica moderna por la relación que éstos tienen con la finalidad de la vida religiosa y moral del hombre» (131), insistiendo de nuevo, de manera más explícita, en que «el sacerdote debe conocer los problemas que el cine, la radio y la televisión plantean a las almas» (132).

No ignora Pío XII los roces que, en el campo apostólico especialmente, pueden surgir y surgen entre sacerdotes de distintas generaciones. No se trata solamente del empleo de los modernos medios de difusión de las ideas, sino también de la excesiva suspicacia del anciano y del excesivo e imprudente coraje del joven. Eugenio Pacelli —ochenta y tres años—habla a su generación sacerdotal: «No desilusionéis al joven sacerdote. Sin duda las desilusiones son inevitables, ya deriven de las generales condiciones humanas o de particulares motivos locales, pero no deben provenir de que los sacerdotes más viejos, y quizá desalentados por desengaños de la vida real, entorpezcan las vivas energías del clero joven. Donde la madura experiencia no exige un *no* resuelto, dejadle hacer proyectos, dejadle probar y, si no lo logra todo, confortadle y animadle para nuevas empresas» (133).

* * *

Estas palabras encierran la última recomendación y el último deseo de Pío XII en torno a la enseñanza de una nueva generación. Fueron dirigidas a sacerdotes. Igualmente lo hubieran podido ser a seculares. Ningunas otras mejores que ellas para cerrar esta panorámica de su mensaje doctrinal sobre la formación del hombre del mañana. Ellas son expresión de lo que es más consustancial a la educación humana: su carácter de labor común, de conspiración conjunta entre distintas generaciones que se transmiten unas a otras la luz de la conciencia y de la bondad, de la fe y de la caridad, en la esperanza de una plenitud futura, bajo el gozo de Dios.

FR. BONIFACIO LLAMERA, O. P.

(131) A. A. S., 48 (1956), p. 707.

(132) Carta encíclica *Miranda Prorsus*, 8 de septiembre de 1957; «Ecclesias» n.º 846 (28 de septiembre de 1957), p. 1102.

(133) *Discurso póstumo al Seminario regional italiano de Apulia*, I. c., p. 482.